

# PELIGROSA OBSESIÓN



*Una novela corta de*  
ELIZABETH BOWMAN

# PELIGROSA OBSESIÓN



*Una novela corta de*  
ELIZABETH BOWMAN



# Peligrosa Obsesión

*Una novela corta de*

Elizabeth Bowman



## **Peligrosa Obsesión**

© 1ª edición septiembre 2019

© Elizabeth Bowman

Diseño de portada: © Olalla Pons

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

Para Kelly,  
gracias por estar siempre ahí, acompañándome.



## **Sinopsis**

Cuando Amelia Ballesteros ofrece su negativa tajante a la propuesta matrimonial de Alvar de Mosende no se imagina que el infierno está a punto de desatarse a su alrededor.

Un secuestro, una situación que se escapa de las manos, miedo, angustia, amenazas y desolación... fruto de la más peligrosa obsesión de un hombre.

Y en medio de todo ello, Diego de Castro, un hombre enamorado capaz de remover cielo y tierra en busca de su prometida desaparecida.



# Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Epílogo](#)



**Obsesión:** *Estado de la persona que tiene en la mente una idea, una palabra o una imagen fija o permanente y se encuentra dominado por ella.*





## Prólogo

Amelia no podía cesar de retorcer las manos frente al talle en un gesto que evidenciaba tanto su elevado estado de nerviosismo como su tensión y que, por fuerza, debía cuidarse de ocultar entre los amplios pliegues de su falda. Por mantener a buen recaudo su dignidad debía hacerlo así.

En contraposición a lo turbado de su gesto su mirada pretendía mostrar firmeza y fortaleza ante aquel peligroso rival apostado frente a ella con la arrogancia de un cancerbero infranqueable puesto que, a la menor señal de flaqueza por su parte, era consciente de que su integridad y su invulnerabilidad, -así como las barreras defensivas y la coraza de dama inquebrantable que durante años había erigido en torno a su persona-, podían verse en serio peligro. Con todo, no podía menos que sentirse en verdad aterrorizada. ¿Era en serio que acababa de acontecer lo que ella creía que había acontecido? ¿Era en serio que el canalla más ruin de toda la villa de Lamallada, el más mezquino y déspota de los hijos de Adán que había alcanzado a conocer en sus más de dos décadas de existencia había solicitado audiencia privada con ella para...pedirle su mano en matrimonio? ¿De verdad? No podía estarle pasando a ella, no precisamente proviniendo el gesto de aquel hombre vil y detestable; no se merecía tener que someterse a tremenda confrontación de voluntades...

Percibió el sofoco en su pecho, la lividez en su rostro y el acelerado

galope del corazón bajo la carcasa ósea y temió por un momento que la vulnerable víscera fuera a abandonar su refugio en cualquier instante. ¡Ojalá ella misma pudiera también huir y alejarse de su propia sala de recibir con tal de perder de vista a aquel energúmeno!

Fue consciente también del dolor que crispaba sus dedos, ya enrojecidos, y sus delgados pulsos, percatándose con ello y solo entonces de la tortura a la que debía ya de llevar sometiéndolos por demasiados minutos. Se detuvo en el acto, ocultando rápidamente las manos tras la espalda, inhaló en profundidad y elevó la barbilla para insuflarse ánimos. Tenía que recomponerse y hablar, debía terminar con aquella incómoda escena de una buena vez. Y, si su presencia de ánimo no le fallaba, disfrutaría además ofreciendo su respuesta sin la menor dilación con tal de truncar la sonrisa maliciosa que ya asomaba al arrogante rostro de Alvar de Mosende.

—He sido educada de tal modo que soy muy consciente de que, en situaciones como la presente, resulta imperativo que una mujer se muestre agradecida y honrada por las proposiciones recibidas —tuvo que retener la bilis que quemaba su garganta al percibir cómo la sonrisa de Alvar se ampliaba, seguramente intuyendo un final satisfactorio a su propósito— aunque en este particular no pueda aceptarlas... —hizo una pausa a posta para envolver sus palabras en un velo de seguridad—... y mucho menos corresponderlas.

Efectivamente la sonrisa del individuo se transformó en el acto en un rictus extraño, hierático e incluso malvado. Su rostro se desfiguró al ensombrecerse, confiriéndole un aspecto terrible. “*El verdadero rostro de un demonio*”, pensó no sin razón Amelia, sintiendo cómo se estremecía de arriba abajo ante la visión de aquel hombre de negra alma que la miraba como si deseara devorarla viva.

Alvar cuadró los hombros ante ella mostrándose en toda su amplia

envergadura, quizás y muy seguramente tratando de amedrentarla con su corpulencia, y alzó en gesto olímpico la barbilla decorada con una cuidada perilla rubia. Sus ojos claros centelleaban. Sus cejas, del mismo tono rubio que su cabello y su chiva, formaban un insólito vértice en la parte superior, confiriéndole talmente una apariencia vil y demoníaca.

—¿Se atreve a rechazar mi proposición sin considerarla siquiera? — farfulló entre dientes, observándola con evidente desdén. No estaba acostumbrado a recibir negativas, se notaba a la legua, y aquella especialmente parecía afectarle más de lo debido.

Pero cuanta más arrogancia y displicencia mostraba él mediante sus gestos y sus miradas taimadas, más necesidad de cerrarle la boca y de bajarle los humos sentía Amelia. ¡Santo Dios de los cielos, en verdad detestaba a aquel tipo! Cierto que era atractivo y de exterior apuesto, elegante en su vestuario e impresionante en físico; pero también cierto era que, a esas alturas, pocas eran las almas incautas que desconocían su ruindad y sus numerosas faltas, su afición al juego y a las mujeres de mala vida así como la facilidad con la que sacaba a pasear su navaja o su tabuco a la menor provocación. Pendenciero y mala persona, se sospechaba que había enviado al otro mundo a varias almas, aunque hasta el momento se las había ingeniado bien para que jamás nadie le hubiera podido achacar ningún crimen; pero lo cierto era que cuando alguien tenía cualquier desencuentro con Alvar de Mosende, pocos días hacían falta para que esa persona en cuestión desapareciera sin dejar rastro o apareciera degollada en cualquier congostra.<sup>[1]</sup>

Por ello, echándole arrojos y mostrándose todo lo sincera que su buena educación le permitía, temerosa no obstante de encontrarse frente a un hombre de tal calaña, Amelia habló así:

—No necesito considerar su propuesta para otorgarle una respuesta del todo sincera, señor de Mosende, pues soy perfectamente consciente de la

firmeza de mis sentimientos. Ninguna duda nubla mi mente, se lo aseguro.

La observó torvo. Vestido de oscuro como un cuervo, su espectro resultaba de igual agüero que el de este animal alado.

—Una mujer en su situación no debería hablar tan a la ligera...

Amelia tragó saliva, cerró las manos en puños a los costados y se aprestó para la batalla. Observando la escasa disposición de Alvar a acatar su sentencia se daba cuenta de que había estado muy equivocada si en algún instante pudo llegar a considerar que aquel tipo iba a aceptar su negativa con facilidad.

—¿Mi situación, señor?

—Una mujer sola, sin varón que vele por ella o por sus intereses. — Amelia apretó los maxilares hasta que un dolor lacerante le cruzó el rostro: detestaba con toda el alma que la menospreciaran simplemente por su condición de mujer—. Debería estudiar seriamente las ofertas que se le presentan. No es usted ya una mocita, Amelia Ballesteros, y sin un hombre que la proteja... —chasqueó la lengua e incluso tuvo la indecencia de guiñarle un ojo—, su vida, su reputación y hasta sus propiedades corren un serio peligro. ¿No lo cree así? En esta casa, tan alejada del resto de la villa, rodeada tan solo de viejos robles y de aún más viejos criados... pueden suceder mil cosas a cual más indeseable.

Aquel canalla sabía dónde apuntar para hacer herida y sabía cómo introducir los dedos para que la herida doliera. Sabía, -como podía saberlo toda la villa-, que Amelia, por desgracia y desde hacía pocos años, vivía sola en la enorme casona solariega, sabía que no disponía de padre, hermano o pariente varón capaz de, según él, velar por su seguridad y sus intereses. Lo que no debía de saber, sin duda alguna y teniendo en cuenta sus argumentos, era que no se encontraba tan indefensa como podía pensar. Amelia Ballesteros sabía valerse por sí misma, era perfectamente capaz tanto física como

intelectualmente.

En medio de sus atribulados pensamientos se permitió suspirar. Un breve lapsus de debilidad que debía enmendar de inmediato y que enmendó inhalando de nuevo por la nariz y cuadrando los hombros frente al caballero oscuro. Alvar ansiaba sus muchas propiedades, su casa y el dinero de la familia Ballesteros, de eso no le cabía duda. La había rondado desde hacía tiempo, aun en vida de su querido progenitor, acechándola y merodeándola con una obsesión enfermiza, pero ella jamás le había dado corte. De hecho, su propio padre la había advertido de lo imprudente que podía resultar dar confianza a un individuo oscuro y nefasto como aquel. Y ella nunca lo había hecho. De nuevo suspiró. Las palabras que acababa de verter Alvar contenían sin duda una clara amenaza pero, a pesar de la alerta que tal certeza generaba en ella, era muy consciente de que, si a algo no estaba dispuesta, era a que aquel bandolero del tres al cuarto la amenazara en su propia casa.

—Señor de Mosende, —habló rezumando desprecio, deseando terminar con aquella farsa de una vez y para siempre. Y ya ni siquiera le importó olvidar las buenas formas, tan solo deseaba despedir a aquel energúmeno y olvidarse de tan indeseable episodio—, permítame decirle que no necesito de la protección de ningún hombre, ni ahora ni en el futuro puesto que soy una mujer perfectamente libre, dueña de mi destino y de mis decisiones. Pero, en el supuesto de que precise de un caballero que me brinde su escolta y compañía, quisiera ser yo la que elija a mi candidato —se pausó para observar el efecto que sus palabras causaban en el aludido: lívido como un cadáver, aletillas de la nariz dilatadas y labios fruncidos. Ojos a punto de salirse de las órbitas. ¡Bien! Iba a resultar divertido observarlo a continuación tras la estocada final—. Y, si acaso usted no hubiera sido informado, que ya puedo comprobar que no, me veo en la necesidad de anunciarle que mi elección ya ha sido efectuada hace unas semanas. Mis afectos han sido

entregados en otra parte, señor.

Alvar la observó con ceño. Ella distinguió cómo apretaba los puños a los costados y por un instante se envaró, temerosa de una posible reacción violenta.

—¿Son ciertas entonces las habladurías?

—No estoy al tanto de habladurías, señor, lo que yo le refiero son hechos firmes.

Una sonrisa lobuna se dibujó en el rostro de él. Reacción en absoluto esperada por la señorita. Hubiera aguardado, en cambio, un ex abrupto, un arrebató de ira y mal genio, incluso algún atisbo de violencia. Nunca debiera suceder de ese modo tratándose de un caballero honorable, pero lo cierto era que toda la villa sabía que Alvar no resultaba en absoluto honorable, y que tampoco era un caballero, por más que se ataviara con levita y pañuelo. Amelia sintió el escalofrío recorriendo su columna y por un momento caviló en que solo faltaba que dos cuernecillos colorados asomaran en la testuz masculina para que su cara representara la cara del mismísimo Lucifer. Aquella sonrisa torcida era sin duda el prólogo de una inminente tempestad.

—¿Está usted, entonces, comprometida con Diego de Castro?

Una inesperada sensación de intenso miedo la sacudió por dentro. Y no miedo por su propia integridad física, precisamente. Una oleada negra que asoló su alma del mismo modo ascendente e imparable que la marea, con sus crecidas, lame los acantilados hasta avasallarlos por completo. Una neblina reptante que devoró sus entrañas, poniendo sus sentidos en alerta y su cuerpo al borde del colapso.

—Así es, señor —se odió a sí misma por haberse expresado ahora en un tono casi susurrante y trémulo.

Alvar, por respuesta, cabeceó en asentimiento. Un cabeceo lento y repetitivo. Amelia casi se atrevería a apuntar el momento justo en el que

percibió el brillo homicida en sus pupilas. El corazón le dio un vuelco y el miedo de hacía unos segundos se transformó en pánico atroz. Sus tripas sufrieron un fuerte calambrazo de inmediato.

—Se arrepentirá de su decisión, señorita Ballesteros, tomada de un modo completamente irreflexivo e imprudente —avanzó hacia delante con todo el ímpetu de un vendaval, caminando hacia ella, pues por fuerza tenía que rebasarla para abandonar la sala; antes de salir y al encontrarse a su altura, se detuvo para sisear en su oído—, nadie rechaza a Alvar de Mosende.

Y abandonó la estancia.

Amelia permaneció hierática en su posición. Mirada fija y perdida en el frente, solo se permitió parpadear una sola vez y de forma desacompasada y hasta tuvo que forzarse a tragar saliva para aliviar el nudo opresor que la ahogaba en la garganta. Si no se hubiera sujetado al respaldo de la butaca isabelina que, oportunamente se encontraba al lado, hubiera desfallecido en ese preciso instante, pues las rodillas se le doblaron. Miedo, sintió miedo, un miedo opresor y terrible por primera vez en su vida.



Alvar de Mosende estaba que se lo llevaban los demonios. Hacía dos días que aquella estúpida remilgada le había rechazado tan alegremente y, por si recibir una negativa por parte de una insignificante mujer no resultara de por sí lo suficientemente ofensivo, la muy estúpida había tenido la osadía además de echarle en cara sus amores con el medicucho de la villa. Ya había escuchado rumores por ahí de que el doctor de Castro y la señorita Ballesteros andaban ennoviados, pero no quiso prestar oídos a semejantes murmuraciones de comadre. Simplemente no podía creerlo, más que nada porque sus propósitos eran otros.

Amelia Ballesteros debía ser suya. Hacía tiempo que la venía rondando, sin atreverse a dar el paso en realidad, y deseando con ahogada desesperación hacerla suya; cada vez que la observaba en la distancia anhelaba despojarla de sus vestimentas, -arrancárselas en realidad-, para deleitarse en sus carnes, que bajo las capas de ropa intuía lechosas y abundantes. No era muy alta, lo cierto era que resultaba bastante bajita, y sus formas eran muy generosas. Abundante pecho, amplias caderas...debía de resultar verdaderamente apetitosa en el lecho. Aunque estaba convencido de que no tan apetitosa como su fortuna. Los Ballesteros llevaban muchas generaciones siendo considerados como la familia más pudiente de la comarca. Fincas, montes y propiedades por doquier, la enorme casona



solariega en lo alto de la colina, coronada su enorme techumbre de buhardillas y chimeneas, numerosa ganadería por todas partes y una fortuna que no cesaba de crecer en base a las rentas y a las acciones que el difunto Ballesteros había dejado en bolsa.

¿Y ahora un médico rural, pobre como las ratas, iba a quedarse gratuitamente con todo ello? ¿Iba a arrebatarse la posibilidad de convertirse en un hombre poderoso y de llevar una vida cómoda y desahogada, sin mayor preocupación que la de discurrir en qué gastar tantísimo dinero? ¿Iba a arrebatarse la posibilidad de hacer suya a aquella mujer que se había convertido, por inalcanzable, en su más íntima obsesión?

No, jamás lo permitiría.

Por eso ahora, dos días después de la vergonzante negativa de aquella necia, se encontraba apostado bajo la ventana de su alcoba, semi oculto tras los frondosos macizos de verónica en flor y los desparramados brotes de lavanda, amparado por las sombras de la noche y azuzado por los siniestros ululares de las aves nocturnas, para llevar a cabo su plan. Amelia iba a ser suya a como diera lugar, lo quisiera ella o no. Cuando la tuviera en su poder la llevaría ante un cura –previamente estimulado este por un buen saquete de monedas-, y se desposarían, con o sin el consentimiento de la señorita. La fortuna Ballesteros sería suya...y la solterona apetitosa también. ¡Dios, ya paladeaba el regusto de aquellos pechos que intuía lechosos y de la gloria que ocultaría entre las piernas!

Se llevó la mano al bolsillo de su gabán para comprobar el contenido; sonrió malévolamente al palpar el bote de cloroformo y el pañuelo. Inhaló en profundidad por la nariz, gozoso de anticipación, y tomó impulso para trepar por el nervudo y grueso tallo de la hiedra que llevaba decenios vistiendo la fachada de piedra. Había comprobado que la ventana de guillotina que pertenecía a la alcoba de la mujer se encontraba a medio bajar. Sería tan

sencillo como arrebatarse un dulce a un niño.



Amelia abrió los ojos de golpe. Parpadeó varias veces con inquietud y necesidad, tratando de apartar de sí las telarañas del desfallecimiento y la desorientación para devolverse al mundo de la consciencia. Al despertar del todo sintió un regusto a vómito en la boca y un profundo hedor a cerrado, a sudor y a humedad pegado a la nariz. Torció el gesto, apretó los dientes para contener las arcadas, cerró los ojos, tragó fuerte y esperó unos segundos a que el malestar cesara. Los nervios atenazaban su vientre y oprimían la boca del estómago, revolviéndole hasta las entrañas. Sentía náuseas, unas náuseas terribles que no la abandonaban.

Al borde del colapso, tratando de acompasar la acelerada respiración con el fin de mantener la calma: *inspira, expira, inspira, expira...*, volvió a abrirlos para tratar de ubicarse. Las sienas le zumbaban como si un martillo pilón tratara a la fuerza de abrirse paso desde los sesos y los párpados se sentían pesados, notando cómo era incapaz de separarlos del todo.

Estaba tumbada sobre algo blando y acolchado, lo suficientemente elevado como para tratarse de una cama. Probó a levantar la cabeza a pesar del lacerante dolor pero, al primer movimiento, le acometió una nueva sucesión imparable de náuseas y mareos, por lo que optó por permanecer unos minutos más en la posición en la que se había despertado, al menos hasta que todo alrededor dejó de girar. Por fortuna, la escasa iluminación de la habitación facilitó el proceso.

Entonces, poco a poco, conforme todo volvía a su sitio, empezó a recordar lo que había pasado.

La imagen de Alvar, parapetado como un poste en medio de su propia alcoba, oculto entre los claroscuros de la estancia, con su sonrisa pérfida y un brillo depredador bailando en sus pupilas azules, taladr  su mente, traspas ndola por dentro. Y una fuerza imparable, pura inercia tal vez o simple instinto de supervivencia, la impulsó a revolverse con desesperación, como el cervatillo que se sabe atrapado en un cepo y se resiste a su mala fortuna.

No obstante todo esfuerzo, toda furia y todo intento de rebelión fueron en vano.

Gimió de rabia, de impotencia y de desesperación, y un sollozo huyó de sus labios justo cuando el picor detrás de los párpados empezó a resultar insoportable.  Por qué demonios no podía moverse?

Buscando respuestas alzó la mirada para encontrarse con sus brazos expuestos en cruz por encima de la cabeza, atados con cordón de bramante a los finos barrotes de hierro de un cabecero de forja.

Debían de habersele quedado dormidos a causa de la tensión postural y a un elevado período de exposición en semejante pose, porque no los sentía, de tal modo que hasta que pudo verlo con sus propios ojos no se había dado cuenta de su situación. El horror que reflejaron entonces aquellos ojos verdes estuvo perfectamente a la altura de su apresi n.  Qu  demonios sucedía?  Atada?  Reducida en una cama?  De verdad era posible que Alvar hubiera actuado con semejante mezquindad como para raptarla y mantenerla secuestrada y reducida en una cama? Si era así, estaba absolutamente claro que a aquel hombre se le había ido la cabeza. Del todo. Y que su malignidad, tal y como sospechaba, no conocía límites.

Volvió a sacudirse con desesperación, retorciéndose sobre sí misma de forma frenética, pero solo consiguió que los barrotes protestaran con un estridente chirrido metálico, estrellándose contra la pared una y otra vez hasta que los ecos del metal resonaron entre los cuatro muros de aquella reducida

estancia.

Al cabo de un rato de lucha infructuosa jadeó y dejó caer de nuevo la cabeza sobre el colchón, sintiéndose completamente agotada de luchar contra un cuerpo que no obedecía a su necesidad y contra unas ataduras que no cedían. En esa posición aprovechó para tomar aire a bocanadas y centrarse en estudiar la situación.

Liberarse de las ataduras era imposible. No podría alcanzarlas con la boca ni aunque girara las muñecas hasta hacer ceder los nudos, puesto que las cuerdas casi se incrustaban en la carne. Aquel hombre horrible, aquel monstruo encarnado se había esmerado a conciencia, cerciorándose de que su presa no fuera a marcharse a ninguna parte.

Con gran esfuerzo alzó la cabeza de nuevo y miró hacia abajo. Todavía se ataviaba con el vestido verde oliva de algodón elegido para la cena, ahora en un estado bastante lamentable a causa de las arrugas y la suciedad que deterioraban la falda; observó las punteras destapadas de sus botinas negras de piel y comprobó que algo no iba bien. Por más que se esforzó, por más que demudó su gesto a causa del esfuerzo, no fue capaz de mover las piernas. No estaban atadas pero tampoco podía hacer uso de ellas por más que lo intentara. De hecho, ahora que empezaba a prestar atención a su cuerpo, comprendió que una extraña debilidad adormecía todos sus miembros haciéndola sentir pesada, tal que si en vez de correr sangre por sus venas corriera plomo fundido. Un constante hormigueo se deslizaba por toda su piel, provocándole una sensación de incomodidad. Parte de su cuerpo permanecía dormido.

¡La había drogado! Estaba segura de ello. Jadeó, recordando entonces cómo, al ser descubierto en su alcoba, Alvar se abalanzó contra ella como un toro para cubrirle el rostro con un trapo empapado en un líquido que consiguió marearla hasta hacerle perder la consciencia. Cloroformo. Por fuerza tuvo que tratarse de eso. Lo que venía a decir que ahora estaba a su merced. A merced

de un Alvar furioso y vengativo.

El miedo más atroz la traspasó por dentro al imaginar lo que tendría pensado hacer con ella para vengarse de su reciente rechazo, y unas horribles ganas de vomitar la acometieron de golpe. Se forzó a controlar las arcadas aunque las repetidas convulsiones del estómago acabaron por dejarla exhausta, sofocada y con los ojos brillantes a causa de las lágrimas no derramadas. Tratando de respirar, boqueando para ello como un pez fuera del agua, intentó mantenerse cuerda:

—Vamos, Amelia, vamos, tienes que ser fuerte, tienes que ser fuerte...

Y tenía que encontrar una salida.

Si quería mantenerse con vida, si quería contar con al menos una posibilidad, localizar alguna posible vía de escape, alguna fisura que se le hubiera pasado por alto a la mente maquiavélica de aquel monstruo, debía mantenerse cuerda y cabal, conservar la sangre fría y no venirse abajo. Ciertamente que no estaba preparada para afrontar una situación como aquella, -pocas mujeres lo estarían, a decir verdad-, una situación que solo había conocido a través de las novelas góticas de su biblioteca, desde la distancia de seguridad que ofrecen las hojas de un libro, pero se consideraba lo suficientemente fuerte, valiente y sensata como para afrontarla y salir airosa de ella. O, cuando menos, para intentarlo.

Inhaló y exhaló de nuevo, templándose, mientras paseaba la mirada por la estancia.

Era una habitación muy pequeña, de dimensiones casi claustrofóbicas, que permanecía entre luces debido a que la única ventana existente se alzaba a los pies de la cama y tenía las contraventanas de madera entornadas. El olor a moho, a viejo y a espacio sin ventilar llenaba el aire, y en el breve haz de luz que se colaba por la rendija de la contraventana flotaban miles de motitas de polvo.

Giró el cuello cuanto pudo, sometiéndolo a una estrambótica contorsión a causa de su horizontalidad, y descubrió una puerta sobria y maciza a la altura del hombro izquierdo, en el ángulo más alejado de la pared.

Bien, si había una puerta y una ventana ya contaba al menos con dos posibles vías de escape.

Deslizó la vista a un lado y al otro y continuó con su escrutinio. Los techos eran bajos, vestido con gruesos tablones de madera sin lijar y vigas rústicas. Abundantes telarañas adornaban los rincones, acentuando la sensación de vejez y abandono de aquel lugar. Las paredes, completamente blancas y desnudas, de aspecto tosco e irregular, habían sido encaladas. El suelo era de madera oscura.

Apretó los párpados y luchó por mantenerse lúcida en medio de aquella espantosa marejada de emociones y tribulaciones. No perder la cordura resultaba imperativo.

—Vamos a ver, Amelia, piensa, piensa...

No recordaba haber subido a ningún carruaje o caballo, aunque a decir verdad no recordaba nada más allá de la terrible impresión de haber sentido a Alvar abalanzándose contra ella en su propia alcoba. Después el pañuelo en su rostro, un olor penetrante y la oscuridad más absoluta. Alvar debió de burlar de algún modo la vigilancia del servicio y llevársela inconsciente de la casona, solo así podía explicar su consentimiento a acompañar a semejante villano. Pero, ¿adónde se la habría llevado? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Seguirían en Lamallada? Era muy probable.

La villa se encontraba rodeada por frondoso bosque, un bosque que, en determinadas localizaciones, se volvía inaccesible para cualquier mortal no habituado a tales lares, y no resultaba descabellado pensar que aquel lugar en el que permanecía recluida se tratara de un refugio de pastoreo. Sabía que había algunas casetas para tal fin distribuidas a lo largo de la comarca.

Casetas de piedra, modestas y reducidas, donde los pastores trashumantes pernoctaban mientras llevaban el ganado a la montaña.

No llegaba sonido alguno procedente del exterior y la estancia en sí aparecía despojada y descuidada. Estaba segura de que llevaba bastante tiempo deshabitada. Quiso entonces pensar que sí, que se encontraba en algún punto remoto del bosque que circundaba la villa, en el interior de una de esas casetas. Y, siendo ese el caso, todavía contaba con alguna posibilidad de huir o de ser encontrada...

Debía alertar a Diego.

*“¡Oh, santo Dios de los Cielos!”*

La boca se le secó al tiempo que el corazón empezaba a golpear como un mazo, con golpes secos y rotundos, y las tripas a convulsionar hasta el punto de imitar a un enjambre de abejas atrapado en su barriga.

*“¡Diego! ¡Señor, Señor!”*

Los ojos se abrieron como platos, obviando ahora sí la agotadora pesadez de los párpados. Bonitas escenas convertidas en recuerdos recientes asomaron a su cabeza, provocándole sonoros hipidos y sollozos convulsos. Y al permitir que dichos recuerdos, que dichas escenas idílicas invadieran su mente, al pensar en Diego, en su querido prometido, notó por vez primera la presencia de un vacío inmenso en el pecho, un agujero con dientes que le desgarraba el alma a bocados y que crecía a cada segundo... un vacío desolador que ni siquiera había aparecido cuando despertó y fue consciente de su situación. Solo al pensar en Diego notó por vez primera la presencia de las lágrimas quemando sus ojos y de una impotencia inmensa, traducida en tristeza, desbordándola por dentro. Notó cómo gruesos lagrimones cegaban su visión para descender en desbandada por sus mejillas, corriendo en presurosa carrera para morir en los labios o alcanzar el delicado cuello de encajes de su vestido. La barbilla le temblaba y un picor atroz quemaba su nariz.

—Diego... —sollozó muy bajito, recordando en su cabeza las hermosas facciones del amor de su vida.

Porque si Alvar había osado secuestrarla... ¡no quería ni pensar lo que podía haber hecho con Diego! Al fin y al cabo él se había convertido de pronto en su rival, por *su culpa* una insignificante mujer como se suponía que era ella se había atrevido a rechazar al arrogante y soberbio Alvar de Mosende.

Diego de Castro, el noble, sencillo y generoso galeno de la villa gallega de Lamallada le había ganado la partida, arrebatándole la codiciada (fortuna) señorita Ballesteros.

“*Nadie rechaza a Alvar de Mosende*”... había siseado, talmente como una cobra en presencia del infausto ratoncito de campo, en su oído antes de abandonar la casa, completamente airado, empujando con malos modos a los criados que había cruzado en el pasillo y cerrando con un innecesario portazo el portalón principal.

Y entonces se odió a sí misma por haber expuesto a su amado Diego ante aquella alma negra. ¡No debió nunca haber ofrecido detalles del lugar exacto donde reposaban sus afectos y mucho menos hablar de su reciente compromiso! ¿Por qué debía justificar una negativa ofrecida con absoluta sinceridad? ¿Por qué? ¡Si se tratara de un caballero acataría su decisión y la respetaría, sin más!

Lo que sentía por Diego de Castro, lo que ambos sentían el uno por el otro, era tan hermoso y puro, tan inocente y bucólico que no debía mancillarse ni en los labios ni en la mente de aquel villano. ¡Es más, él ni siquiera debería haber tenido conocimiento de nada de todo ello!

—¡Maldito seas, Alvar de Mosende, y maldita sea tu alma podrida...!  
—siseó llorosa, corroída por la impotencia más absoluta.

Tan abstraída se encontraba en sus propias cavilaciones que no se dio



cuenta de que la puerta de la estancia acababa de abrirse para dar paso al más letal de los depredadores.



Cuando abandonó el cuartelillo después de haber interpuesto la consabida denuncia por la desaparición de su prometida, toda la entereza de la que había hecho gala durante las últimas horas se desmoronó de golpe. El siempre sensato, tranquilo y apacible doctor de Castro se encontraba por completo desahuciado emocionalmente y todo ello se percibía no solo en sus ademanes negligentes y trastornados sino también especialmente en su exterior desidioso, cuando siempre había sido un hombre pulcro y de aspecto cuidado: su oscura mata de cabello se mostraba por completo revuelta, se dejaba ver de forma inusual en mangas de camisa, arremangadas con evidente dejadez hasta el codo mientras sujetaba de cualquier modo la chaqueta, el chaleco se había abrochado mal y su forma de conducirse e interactuar con los vecinos distaba mucho del carácter comedido al que tenía habituada a la pequeña villa boscosa.

Las autoridades, amén de toda la villa de Lamallada, se habían movilizado de inmediato para encontrar a la querida y noble señorita Ballesteros, formándose improvisadas cuadrillas de vecinos, -mujeres, hombres e incluso niños- que no dudaron en agruparse para batir los alrededores en busca de la joven dama. Nada se sabía de ella ni de su paradero, nadie había visto ni oído nada. Pero a pesar de no existir tampoco ningún indicio de lo contrario, Diego se negaba de forma tajante a sospechar

que hubiera desaparecido por propia voluntad. Su Amelia no, y mucho menos en esos momentos, cuando estaban a punto de hacer público su compromiso después de varios meses de delicioso flirteo secreto.

Buscando la soledad, rezagándose a propósito del improvisado grupo de rastreadores con el fin de permanecer a solas con sus recuerdos, se dejó caer de espaldas contra el muro de piedra que franqueaba la propiedad de los Pereira. Abrumado por lo acontecido en las últimas horas cerró los ojos, se llevó dos dedos al puente de la nariz y jadeó. Se encontraba absolutamente perdido, desorientado como el náufrago que se halla solo en medio del océano, asido tan solo a un mísero tablón al que deberá encomendar su existencia, sin alcanzar a ver nada más allá de la inmensidad acuática que le rodea. Sin alcanzar a encontrar una salida.

Pensó en Amelia, en su dulce y querida Amelia. Pensó en la posibilidad de no volver a verla jamás... y pensando en ello percibió el sonido inquietante de su propio corazón al principiar a resquebrajarse. Se llevó una mano al pecho, abrió los ojos de golpe y de nuevo jadeó.

*“Amelia, Amelia...”*

En su mente aparecieron de inmediato los últimos recuerdos que albergaba de ella. Los últimos instantes de amorosa intimidad compartidos. Recordó su bonito rostro de luna llena donde destacaban unos pómulos altos y redondeados, su nariz salpicada de atrevidas pequitas oscuras, recordó sus cejas gruesas, perfectamente perfiladas, y sus labios de fresa, partidos por gala en dos, entreabriéndose con donosura para recibir un beso. Recordó ese último beso. Ese néctar dulce que tan solo había apreciado en aquellos suaves labios de ambrosía, esa lengua juguetona que se enredaba en la suya en sensual baile y que le recibía con pasión, acogiéndolo con un ardor y una entrega apenas inimaginables en una joven dama soltera.

Amelia, su dulce Amelia...

¡Bendita la hora en la que ella había agarrado un ligero resfriado estacional, recién iniciado el verano, obligando el destino con ese pequeño quiebro a que dos almas afines se encontraran! Quizás simplemente, que dirían los poetas, sucedía que siempre habían estado destinados a encontrarse. Viviendo en el mismo entorno pero apenas conviniendo en ningún lugar de itinerario común, haciendo cada uno su propia vida sin la menor perspectiva de coincidir en un mismo punto, había sido necesaria una eventualidad tan simple como que la joven se acatarrara para que los hados movieran los hilos del telar donde se fraguan las verdaderas historias de amor. Y de ese modo se encontraron en la vida.

Desde que le recetara aquellos fármacos para aliviar sus síntomas febriles se habían vuelto inseparables y las visitas diarias de profesional preocupado por la salud de una hermosa paciente tornaron pronto a visitas de joven enamorado en plena corte de una joven soltera y de noble corazón, una joven que había terminado por robarle el suyo propio.

Un corazón que ahora, en ausencia del motor capaz de insuflarle vida, parecía achicar por momentos.

Se irguió de donde estaba y caminó sin espíritu hacia adelante, siguiendo el vago rumor y la estela de luz que dejaba el grupo del que se había rezagado varios metros.

El servicio había alertado ese mismo día de que una de las ventanas de guillotina de la alcoba había sido encontrada abierta cuando las doncellas acudieron siguiendo su rutina diaria para llevar a cabo el ventilado de la estancia y las abluciones matinales. La cama ni siquiera había sido utilizada y la señorita no se había cambiado de ropa, por lo que debía ataviarse aun con su vestido verde oliva de algodón. Si la señorita no hubiera persistido en su costumbre de desear vestirse y desvestirse ella sola, sin ayuda de nadie más excepto cuando era estrictamente necesario, podía darse por sentado que la

hubieran echado en falta mucho antes, esa misma noche, tal vez. Hubieran contado entonces con un tiempo precioso capaz de conferirles alguna ventaja.

—Amelia, amor mío, ¿dónde estás? —susurró entre dientes. A esas alturas ya no era capaz de ver alrededor más que una neblina oscura avanzando, sigilosa y reptante, con el afán de engullirlo. Una neblina forjada a base de dudas, angustia y desesperación—. Dios de los cielos, envíame una señal que me lleve hasta ella para que pueda regresarla a mis brazos...

Sintió el amable peso de una mano en su hombro.

—La encontraremos, doctor, le prometo que no quedará lugar en la comarca sin rastrear con tal de dar con ella —dijo alguien.

—No nos queda más remedio que hacerlo —murmuró mirando al cielo —: quien se la llevara se ha llevado también mi corazón. Y nadie es capaz de vivir sin corazón.



Demudó su expresión en una mueca pérfida, siniestra, consecuencia de la sonrisa torcida y maliciosa que transformó su rostro en una máscara diabólica. Había escuchado el alboroto procedente de la habitación contigua, ese ruidoso y continuo repique metálico que embestía una y otra vez contra la pared, y no pudo menos que ensanchar la sonrisa hasta que todos los dientes quedaron al descubierto.

Se había despertado.

Mejor. Así al menos podría poner en marcha su plan de una vez por todas en lugar de permanecer solo y ocioso en la estancia de al lado, esperando a que la señorita Ballesteros tuviera a bien despabilarse; viendo, tan impotente como aburrido, cómo las horas se sucedían sin hacer ningún

avance mientras su propia seguridad corría peligro. Y es que cada minuto que permanecía en la cabaña con ella en su poder era tiempo corriendo en contra. Las autoridades podían perfectamente a esas alturas estar buscándolos, seguramente los criados hubieran echado ya en falta a la señorita y hubieran dado voz de alarma. Ciertamente se había cuidado mucho de no dejar cabos sueltos, de no haber dejado ningún rastro delator tras de sí...pero no había tenido tiempo de llegar demasiado lejos con aquella mujer en estado inconsciente por lo que había tenido que limitarse a ocultarse, por el momento, en una cabaña de pastoreo en medio del monte. Continuaban en Lamallada.

Apretó los puños hasta que los nudillos se volvieron blancos y las uñas se clavaron en la palma de las manos. Su estado de preocupación duró apenas una fracción de segundo porque, acto seguido, miró en torno, tratando de encontrar calma y seguridad en su actual ubicación. Se encontraba en Lamallada, cierto, pero lo suficientemente apartado del resto de la humanidad como para permanecer a salvo por el momento.

Por lo tanto, Amelia Ballesteros, la mimada solterona, la niña rica a la que muchos codiciaban pero que a ninguno prestaba atención, podía gritar y batallar todo lo que quisiera: nadie iba a oírla.

Entornó los ojos para deleitarse con el alboroto que provocaba el viejo cabecero de hierro contra la pared y un malévolo éxtasis le recorrió por dentro. Una profunda satisfacción, mezclada con un renovado sentimiento de supremacía y posesión. Ahora tendría por fuerza que prestarle atención *a él*.

Recordó la tarde en que acudió a su casa a pedirle la mano. Jamás se había sentido tan rebajado como para tener que tratar un asunto de semejante índole con una mujer. ¿Cuándo nadie había visto cosa semejante? ¿Cuándo un hombre debía *negociar* tales términos con una insignificante mujer?

Pero Amelia era huérfana desde hacía unos años y no contaba con hermanos o primos a los que poder dirigirse. Además, siendo heredera

universal de una pequeña gran fortuna y mayor de edad, estaba en posesión de tomar sus propias decisiones, sin necesidad de tutor legal. ¡Y de qué modo había hecho uso de su innecesaria, exagerada e inútil independencia! ¡La estúpida había tenido la indecencia de rechazarle! ¡Una solterona como ella, que había dejado atrás la veintena hacía ya unos cuantos años, había tenido la osadía de rechazar una propuesta matrimonial de un hombre como él! Y no solo eso, sino que se había atrevido además a restregarle su compromiso con aquel lechuguino doctor del tres al cuarto. Las habladurías eran ciertas, algo había oído en la cantina, pero se negó a creerlo. ¿Una heredera prometida a un miserable medicucho de pueblo muerto de hambre?

¡Se había sentido tan humillado y rabioso tras abandonar la casona! Aun recordaba la expresión de satisfacción de aquel rostro blanco y pecoso al confirmarle su relación con de Castro. ¡De buena gana la hubiera abofeteado allí mismo, o cargado sobre un hombro como un fardo y arrancado del lugar aun entre estúpidos alaridos femeninos! Pero fue mejor así: mejor madurar el plan, rumiar en soledad su odio y su humillación y secuestrarla unos días después, cuando nadie sospechara de él. Y a él... ¡a él...! Al maldito de Castro, al mosquito muerto... ¡Arrggg! Rugió como un león, apretando los dientes hasta hacerse daño. *¡Diantres! ¡Maldito lechuguino!*

Debía serenarse. Ahora su prioridad era mantenerla retenida el tiempo suficiente para que se calmara, hacerla entrar en razón al precio que fuera y desposarse con ella. Ya encontraría a cualquier cura codicioso de un buen fajo de billetes que se prestara a officiar la ceremonia a toda prisa en cualquier capilla remota, sin necesidad de testigos. Entonces, una vez casados, la fortuna de los Ballesteros sería suya, y aquella solterona de voluptuosas curvas también. Sería en el lecho donde descargaría su indignación y le haría pagar sus desplantes; entre las sábanas, montándola a su antojo, le bajaría los humos de señoritinga endiosada y la convertiría en mansa oveja. Eso podía jurarlo.

Se frotó las manos con gustosa anticipación.

Con ese pensamiento por bandera se levantó de donde estaba para cruzar el umbral a grandes zancadas y dirigirse a la habitación contigua.



Amelia dejó de forcejear para levantar la vista al frente.

A pesar de que habían pasado un par de días desde su penosa entrevista privada, -aquella que nunca debió tener lugar y que deseaba olvidar a toda costa-, a pesar de que la última vez que viera al canalla fuera envuelto entre los claroscuros de su propia alcoba,- en tal situación y emplazamiento el recuerdo que en su cabeza priorizaba de su persona era el brillo salvaje de sus pupilas, como si de una alimaña nocturna y al acecho se tratara, amén de su sonrisa lobuna y triunfal-, no había sido capaz de olvidar ni el más mínimo detalle de aquel rostro duro e implacable.

Alvar avanzó hacia ella con su habitual pose erguida y canallesca, imitando los andares felinos de un depredador nocturno. Se encontraba en amplias mangas de camisa de un blanco insultante, teniendo en cuenta el estado de su propia vestimenta, y elegante chaleco brocado en tonos marfil cosido con rica filigrana en hilo ocre, pulcramente abotonado sin saltarse ni un solo ojal. Dicho atuendo se ceñía a su cuerpo mostrando un torso magnífico, así como unos hombros y unos brazos intimidantes. Lucía su sempiterna y característica perilla rubia y un cabello limpio y bien peinado con la raya a un lado. Comparada con él en esos momentos Amelia se sintió sucia y desaliñada. No podría haberla humillado más ni mejor, manteniéndola en un estado tan lamentable y casi mísero.

El canalla sonreía. Sonreía con una malicia que ella ya había



presenciado tras sus propios muros, derramando por cada poro de su piel un despreciable halo de supremacía, de arrogancia, de macho intocable. Le odió, le odió tantísimo en ese preciso instante...

Y al mismo tiempo, sabiéndose en sus manos, sabiendo la vida de su querido Diego en sus manos, le temió con sincera aflicción.

—Por fin se ha despertado, señorita Ballesteros, ¿ha pasado usted una buena noche? —aquel fingido tono dulzón con el que se dirigió a ella no podía engañarla, mucho menos cautivarla. Por el contrario, solo podía sentirse una vez más vil y descaradamente vapuleada.

No le contestó. De hecho, para evitar siquiera la tentación de contestarle como se merecía, apretó los labios hasta convertirlos en fina línea transversal. Sus ojos, no obstante, hablaron todo lo que calló la boca y expresaron todo el desprecio que manifestaba por él. En esos momentos su cabeza solo era capaz de emitir un único pensamiento:

*“Te odio, te odio... ¿quién te crees que eres, maldito de Mosende, para irrumpir en la privacidad de mi propia casa y arrebatarme la libertad? ¿Quién te crees que eres para disponer el destino de los demás? ¿Con qué derecho cuestionas mi decisión y me obligas a acatar la tuya?”*

—Es usted un... —murmuró entre dientes, incapaz de terminar la frase.

—¿Qué soy, señorita Ballesteros? —siseó él, animándola a continuar—. Hablemos sin tapujos, nos encontramos cara a cara los dos, es el momento de poner las cartas sobre la mesa. ¡Venga, hable claro! ¿Qué soy?

Ella calló. Calló por miedo y por sensatez. No estaba en posición de enfrentarse a él. No así: tumbada y atada.

Despacio, muy despacio, con andares de depredador y mirada homicida, Alvar se acercó al lecho y se inclinó sobre el cuerpo inmóvil para sisear a escasos centímetros del contraído rostro de la joven, en un tono tan dulce como hipócrita:

—¿El único que se preocupa por usted? ¿Eso soy? —Ella torcía el rostro en gesto de desagrado, rechazando su cercanía—. ¿El mismo que hace un par de días le ha ofrecido una propuesta matrimonial con el fin de protegerla de por vida y que usted ha tenido a bien rechazar? —sonrió con falsa condescendencia. Era obvio que su rechazo había supuesto para él una ofensa inolvidable—. Le advertí que nadie me rechazaba, mi querida señorita, y parece ser que el destino opina lo mismo puesto que ha decidido que estemos juntos de un modo u otro, como siempre debió ser. —Miró las ataduras, que ya habían dejado la piel en carne viva a causa de la fuerza con la que ella se había sacudido, y una satisfacción siniestra le recorrió por dentro. No podía escapar. Jamás podría—. Lamento el pobre asunto de las cuerdas, lo lamento de verdad, solo es por simple precaución, para evitar que se haga daño y huya. Lo entiende, ¿verdad?

—¿En verdad lo siente? ¡Es usted un canalla, señor de Mosende! —siseó ella entre dientes, sin pensar, completamente llorosa y gimoteante. La impotencia la desbordaba y por ello no pudo reprimir aquel indeseable signo de debilidad—. No tengo la menor idea de lo que pretende al retenerme aquí, pero le aseguro que nada de esto le va a salir bien.

Él sonrió con amplitud.

—Pues yo me atrevería a suponer todo lo contrario: de momento todo me está saliendo a pedir de boca. Usted está aquí, justamente donde yo la quería, a mi completa disposición.

Estaba tan cerca que Amelia podía notar perfectamente su aliento a vino abofeteándole el rostro, así como la rabia que llameaba en sus ojos a pesar del fingido tono zalamero con el que adornaba sus palabras. Contuvo su propia respiración sin poder apartar los ojos verdes de aquellas pupilas que eran puro hielo, temiendo, por un momento, que el monstruo se despojara de repente de la máscara de fingida amabilidad para darle una dentellada. Y casi

lo prefería porque así sabría a qué atenerse. Tratar con un Alvar comedido, amable y dulce no era un buen augurio, y mucho menos algo habitual. Todo el mundo en Lamallada sabía de su alma pútrida, de su mente corrupta y de sus violentos ademanes. Gustaba de golpear a las mujeres que frecuentaba, se decía que había hinchado muchos vientres en las aldeas vecinas y todo eso sin mentar las habituales trifulcas de taberna con otros varones de su condición. Por lo visto no le temblaba el pulso a la hora de segar vidas.

—Suélteme, de Mosende, le prometo que no tomaré represalias — susurró, casi suplicó, esperando que él tomara en serio su mentira—, esto no tiene por qué llegar más lejos, no tiene usted por qué incriminarse más.

—No voy a soltarla, todavía no, querida. ¿Me permite que la llame así: “querida”? Al fin y al cabo eso es usted para mí: una persona querida, de lo contrario no le habría ofrecido mi sincera y devota propuesta de vida — Amelia inspiró hondo y tragó saliva—. No voy a soltarla, no hasta que razone y entienda por qué está aquí —la miró de forma sesgada, con aires de demente—. Quiero y es mi deseo desposarme con usted, Amelia Ballesteros.

Ella no fue capaz de soportar semejante declaración, que en los labios de él sonaba como una blasfemia, así que cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza deseando que, al abrirlos, hubiera desaparecido y todo se redujera a una horrible pesadilla. Tal vez por eso no fue consciente, ni pudo evadir el momento en el que él se acercó a su rostro para presionar sus labios con rudeza sobre los de ella, obligándola a separarlos y a recibirlo para dar cabida a una lengua voraz e invasora, a una urgencia desquiciada y devastadora.

Fue un beso salvaje, venenoso y breve, entre otras cosas porque ella lo rechazó con rudeza hasta el punto de acabar por morderlo con saña en el labio como única opción para librarse de su acoso. Esta vez Alvar se revolvió con violencia descargando sobre ella un bofetón que le hizo volver la cara hacia el

otro lado.

—¿Cómo se atreve a volverse contra mí? —estalló por fin, rojo de rabia e indignación, chupando el labio herido y sangrante. Este era el Alvar que toda la villa conocía, que ella había rechazado y que había pretendido esconderse, en vano, bajo una máscara de mansedumbre—. ¿Quién se cree que es, maldita zorra? ¡No es más que una maldita mujer, una que solo se distingue de las demás por el peso de las arcas que la respaldan! ¡De no ser por su posición no se daría tales aires de señorita presuntuosa y se vería obligada a doblegarse! Pero lo acabará haciendo, se lo aseguro, más pronto que tarde acabará por lamer el suelo que pisan mis pies.

—Jamás me casaré con usted... —siseó entre dientes.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos pero no iba a llorar, no iba a llorar, le odiaba con todas sus fuerzas pero no iba a rebajarse ante él. El metálico sabor de la sangre se hizo presente enseguida en el interior de su boca a causa de la fuerza del bofetón recibido. Dolía, pero más dolía la indefensión de saberse en su poder o la incertidumbre de no saber qué había hecho aquel maldito bastardo con Diego. No iba a llorar. No iba a darle el gusto. Tampoco iba a mentar nuevamente a su amor en presencia de aquel malhechor, por más preocupada que estuviera por él. Y lo estaba. ¡Muchísimo! Pero aún cabía la posibilidad de que no le hubiera hecho nada, de que su necesidad de venganza se hubiera limitado a su persona y, siendo así, no había necesidad de recordarle su presencia y ponerlo más en su contra. Era preferible que su ira se limitara a ella. Resultaba imperativo que Diego se encontrara a salvo. En cuanto fuese alertado de su desaparición él mismo se encargaría de movilizar a toda la villa. Y la encontraría. Diego removería cielo y tierra hasta dar con ella. Estaba convencida de ello.

Abrió los ojos muy despacio para encararlo, tragándose toda la bilis y el desprecio que su sola visión le generaba.

—Estoy siendo muy paciente con usted, señorita, le estoy dando la oportunidad de retractarse y reconsiderar su respuesta. Dejaré que sopesese sus posibilidades con calma, que analice su situación, y de nuevo le haré la pregunta, esperando y deseando que sea usted más razonable esta vez.

Varias lágrimas aisladas descendieron las mejillas de Amelia, mancillada una de ellas en esos momentos por la marca rojiza que la mano de aquel salvaje había dejado sobre su piel blanca. Ardía. Dolía.

—Jamás escucharé aceptación de mis labios, ¡jamás...!

El canalla se enderezó mirándola de hito en hito. Dándose cuenta tal vez de que, al golpearla, se había salido del plan establecido. No debía asustarla ni ponerla en su contra más de lo que ya lo estaba. Debía llevarla a su terreno, necesitaba ganarse su confianza, camelarla y, si no era capaz de controlar la repulsa que le provocaban sus aires de independencia, no lo iba a conseguir jamás. Su expresión homicida demudó poco a poco en otra más extraña, por irreconocible, en la que se vislumbraba un resquicio de... ¿arrepentimiento?

—¿Ve lo que me ha obligado a hacer? ¿Lo ve? ¡Si se limitara a aceptar mi proposición y actuar como una mujer sensata...! —Bramó llevándose las manos a la cabeza mientras resoplaba desesperado, moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado. Se detuvo de golpe para inclinarse con brusquedad sobre ella y acariciar la mejilla lastimada de Amelia con la palma de su mano—. Estas no son las bases para iniciar un matrimonio deseable. Debe aprender a obedecer, señorita Ballesteros, y respetar las decisiones de su marido.

—¡Usted no es mi marido! ¡Jamás lo será!

Continuó acariciando con aspereza la mejilla de Amelia, como si en lugar de piel acariciara un trozo inerte de pared.

—Lo seré, en verdad seremos uno muy pronto —sonaba a amenaza real

y cercana—. Me gustaría, llegado el momento, contar con su conformidad para ello pero también le aseguro que seremos marido y mujer esté usted de acuerdo o no. Se lo garantizo. Y es una promesa en firme.

—Está usted loco... está enfermo...

Sin mediar palabra, sin apartar la mirada de ella, sin dejar a su vez de sonreír como un demente, Alvar se dio media vuelta para abandonar la habitación dando un portazo.

Entonces y solo entonces, en la quietud de la estancia, entre las luces y las sombras, la soledad, las telarañas, la angustia, el dolor, el moho, la sangre y el vacío, Amelia se permitió llorar sin tapujos, hipando y sollozando sin reprimir su desesperación.

Y en medio del llanto angustiado, en lugar de rendirse y sucumbir a su destino, se fijó una firme determinación: tenía que ser fuerte y no ceder. Tenía que encontrar el modo de salir de allí y regresar junto a Diego.



Diego de Castro permanecía recluido en su modesto consultorio rural. Se encontraba agotado a un nivel tanto físico como emocional. Parapetado tras su mesa, resultaba difícil adivinar cuánto tiempo llevaba con los codos apoyados sobre el tablero y cuánto con la cabeza,- extremadamente cargada de pensamientos, incertidumbre y miedo,- reposando sobre las peanas que formaban sus manos. En ese estado de abstracción mental resoplaba y

meditaba en silencio.

Habían *pateado* toda la villa, revisado cada establo, cada pajar, cada cobertizo y cada olvidado pozo, y no habían encontrado ni rastro de Amelia. Nadie la había visto por la villa desde la fecha en la que se había descubierto su ausencia y tampoco era cosa de que fuera una dama que acostumbrara a salir sin compañía, por lo que nadie podía explicar qué había sido de ella. Ningún testigo, ninguna pista que seguir.

Diego se encontraba en verdad desesperado y eso que mucha gente se había sumado a la búsqueda. No, no le habían dejado solo.

Amelia Ballesteros era muy querida y respetada en el vecindario. Una joven muy buena y generosa con los aldeanos, sobre todo con los más desfavorecidos, que destacaba especialmente por sus servicios a la Iglesia. Además de nobleza y bondad se distinguía por su sencilla belleza. No demasiado alta,- en verdad no alcanzaba el metro sesenta de estatura-, y de voluptuosas formas, lo que la convertía en una muchacha más rellenita que de fino talle, poseía una tez de alabastro cuya nariz y pómulos se salpicaban de divertidas pecas que, lejos de afear o vulgarizar su expresión, le conferían un aspecto informal y juvenil, muy alejado del halo de heredera seria e inalcanzable del que se había rodeado desde que se viera en la obligación de convertirse en la cabeza de familia.

Todos en la villa se prestaron a ayudar. Ninguno de aquellos humildes aldeanos lo dudó ni un instante. Porque si bien era cierto que Amelia y su familia habían sido muy queridos y respetados en la zona, él mismo como doctor era tenido en alta estima por los lugareños. Desde su llegada a Lamallada, apenas un año antes, le habían acogido con respeto y devoción, casi como si del druida de una tribu ancestral se tratara. Sus buenas artes médicas, sus novedosos conocimientos, su apego a respetar también los antiguos, su generosidad, su entrega, su paciencia y su comprensión a la hora

del cobro a los modestos clientes habían obrado lo demás.

Contaba Amelia con numerosos pretendientes y merodeadores pero hasta el momento a todos había rechazado. Hasta el momento.

Cuando se conocieron enseguida surgió entre ellos la cálida flama del amor, enseguida sobrevoló los cielos, acortando distancias, el dardo emparejador del querubín flechador para hacer blanco en sus corazones. En los de ambos, pues el flechazo fue mutuo e inmediato. El roce diario, sumado a la similitud y buena compatibilidad de caracteres, vinieron a afianzar el deslumbramiento inicial. No hicieron falta más que un par de meses para que decidieran sellar compromiso eterno. Y ahora que pretendían hacer público su amor, desaparecía sin dejar rastro. Ella: su vida, su amor, su corazón.

—Te encontraré, Amelia, con ayuda de Dios y de toda esta buena gente, te encontraré. Aunque sea lo último que haga.



Amelia contuvo la respiración durante un par de minutos, tratando de escuchar algo, cualquier mínimo sonido, en medio de la quietud que envolvía la estancia. ¿Qué estaría haciendo Alvar? ¿Habría abandonado el lugar? ¿Se encontraría del otro lado de la puerta, acechante? O peor aún... ¿habría salido en busca de Diego?

Hacía un buen rato que ni lo veía ni lo sentía. ¿Cuánto? No podía precisarlo, era difícil tener noción del tiempo sin nada con qué medirlo, solo la mayor o menor intensidad del haz de luz que se filtraba a través de las contraventanas entornadas o los gruñidos de protesta que emitían de vez en cuando sus tripas.

Era consciente del momento justo en el que se había hecho de noche



por la oscuridad intensa que reinó en la habitación, engulléndola por completo, sin concederle la venia de ningún tipo de luz procedente del interior ni del exterior. Una noche que se le hizo eterna, dolorosamente interminable, y en la que apenas había sido capaz de cerrar los ojos. Solo cabezaditas ocasionales provocadas más por el agotamiento físico que por la tranquilidad que ofrece y promueve un buen sueño. La oscuridad insondable y el temor a que la presencia de Alvar cobrara forma en mitad de la noche para hacerle daño, no ofrecían el sosiego necesario para olvidarse de todo y abandonarse al descanso.

Después de esa larga noche de insomnio y duermevela, llegó el alba. Las primeras y tímidas luces del amanecer se deslizaron a través de las contraventanas para concederle un poco de visibilidad y dominio de la situación. Estar a oscuras, imaginando sombras y demonios por todas partes, no había sido lo mejor para su salud mental.

Pero con la llegada de un nuevo día Alvar seguía sin aparecer. Desde que la visitara por primera vez causándole un daño palpitante en la mejilla a causa de su humillante bofetón, para abandonar después la habitación con un sonoro portazo, no había vuelto a dar señales de vida. Ni voces, ni ruidos procedentes del otro lado, nada. ¿Quizás había salido de la casa? ¿Se habría arrepentido del rapto, asustado ante las consecuencias de su felonía, y habría huido? ¿Correría Diego peligro? ¿Habrían los criados alertado ya de su ausencia? ¿La estarían buscando?

Pensando así empezó a forcejear con mayor ansia. Si se había ido, si la había dejado sola, quizás fuese su oportunidad de salvarse. Tenía que hacer un esfuerzo, pelear por su vida... y peleó. Peleó durante muchos minutos.

Por desgracia todo afán quedó en agua de borrajas, lo único que consiguió fue hacer protestar los barrotes de hierro una vez más y arrancar la pequeña costra de piel que envolvía sus muñecas, bajo las cuerdas, hasta

dejarlas de nuevo en dolorosa carne viva.

Agotada de esforzarse en vano se dejó caer de nuevo sobre el colchón, que ya empezaba a oler a sudor y a humedecerse bajo la presencia perpetua de su cuerpo, para tratar de organizar sus pensamientos. ¿Y si Alvar no se había ido a ninguna parte? ¿Y si en realidad seguía allí, entre las sombras, acechante, rumiando su plan?

Meneó la cabeza forzándose a pensar en lo verdaderamente importante. Lo único en lo que tenía que centrar todas sus fuerzas físicas y mentales era en la necesidad imperiosa de escapar, aunque no sabía aún cómo demonios iba a hacerlo. Estaba atada con áspero bramante que se clavaba en la carne, y cuanto más tiraba, más se apretaba en torno. Además, ahora que los efectos del cloroformo habían remitido, sentía un dolor intenso en los brazos a causa de la tensión postural. Le dolían mucho la espalda y el trasero de permanecer acostada sobre sí misma durante todo ese tiempo. Le hubiera gustado poder girarse, tumbarse de costado o, al menos, poder variar un poco la postura. Pero estaba claro que el miserable no iba a darle ningún tipo de facilidad.

Quiso llorar, pero ante aquel indeseado acceso de debilidad se mordió con fuerza el labio inferior para castigarse. No podía mostrarse débil, no podía rendirse, no podía concederle a de Mosende más poder del que en verdad tenía. Solo debía pensar en huir.

Alzó la mirada hacia las ataduras y observó la cuerda manchada de mugre y sangre. Alvar había atado las cuerdas en la unión de los barrotes verticales con el barrote más grueso que cruzaba el cabecero en transversal. El paso del tiempo había ocasionado óxido justo en la zona donde se unían ambas secciones.

Quizás, con paciencia y tesón, la fricción continua pudiera desgastar la trencilla hasta romperla. No era demasiado gruesa, podía hacerse. Quizás fuese su única vía de escape, la única posibilidad de librarse de aquel

infierno, y tenía que aprovecharla. Al fin y al cabo, tumbada y limitada en su posición actual, no tenía muchas más alternativas ni nada que perder, era solo cuestión de intentarlo.

Animada por la visión de una nueva lucecita al final del túnel, por la necesidad de escapar de otra noche más en aquella celda improvisada, empezó a girar los pulsos justo encima de las zonas ferruginosas. Y que Dios la ayudara.



Diego se enojó muchísimo cuando fue puesto al tanto de las últimas novedades concernientes a la desaparición de Amelia. No obstante, obedeciendo a la verdadera naturaleza de su carácter, no descargó su rabia ni contra el sargento de la guardia civil ni tampoco contra aquellos que, con su dejadez, habían pasado por alto un dato de semejante relevancia. La frustración la descargó contra sí mismo por haber obviado de igual modo recabar dicha información trascendental.

El mayordomo de Amelia, el viejo Severino, había informado al sargento esa misma mañana que el señor de Mosende, bien conocido en la villa por sus continuas fechorías, había solicitado audiencia privada con la señorita un par de días antes de su desaparición. La entrevista se extendió poco más de diez minutos, ni siquiera había permanecido en la sala el tiempo suficiente para que se le sirviera un café; y cuando abandonó la casa, llevándose por delante a un par de criados –y más que hubiera-, lo hizo con un portazo muy seguramente a la altura de su estado emocional. Gracias a la *incuestionable* ayuda de una doncella que había tenido la *gentileza* de compartir la información obtenida consecuencia de su costumbre de pegar la

oreja a las puertas, pronto se supo que el objeto de dicha audiencia no había sido otro que el de solicitar en matrimonio la mano de la señorita Ballesteros. La férrea negativa de esta había provocado la irritabilidad de Alvar de Mosende y, muy seguramente, propiciado una justificación perfecta para la desaparición repentina de Amelia.

El anciano mayordomo no fue capaz de relacionar la visita de este individuo con la ausencia de la señorita y no fue hasta días después, tras buscar posibles explicaciones y atar cabos en su calva cabeza, y sobre todo tras escuchar la afligida confesión de la doncella, que llegó a dicha conclusión.

Efectivamente acudieron a la antigua propiedad de Mosende solo para descubrir, de boca de un criado desdentado y chepudo, que su señor permanecía ausente de la vivienda desde hacía ya unos días. Nadie, ni siquiera su gente, sabía de su paradero.



Lo vio entrar en la habitación y el alma se le cayó a los pies. En el acto detuvo

la insistente fricción del bramante contra las rebarbas de óxido, asunto que la había mantenido ocupada durante las últimas horas, y rezó para que el muy rastrero no se hubiera dado cuenta de sus intenciones.

Lo miró sin girar la cabeza, consintiendo que tan solo los ojos lo siguieran mientras se acercaba a la cama con andares de felino al acecho. Vestía la misma ropa del día anterior, esta vez arrugada y sudada y por un breve instante se sintió complacida ante aquella primera muestra de imperfección y descuido traducida, tal vez, en debilidad. Bajo sus ojos claros descubrió dos profundos surcos azulados. Seguramente tampoco había dormido mucho durante la noche. ¡Al diablo con él! ¡Ojalá no pudiera volver a dormir en lo que le restaba de vida!

—¿Ha dormido bien, señorita Ballesteros?

Se abstuvo de contestar. Solo pudo mirarlo con desprecio, frunciendo los labios en una mueca de repulsión; pero también con miedo, porque al fin y al cabo su vida estaba en manos de aquel monstruo.

—Sé que esta no es su elegante casa ni se encuentra recostada en su cómoda cama plagada de ricos almohadones y cojines de seda, —hablaba sin mirarla, como si en verdad se dedicara simplemente a pensar en voz alta. No hizo ni dijo más por unos segundos, sino que se limitó a quedarse quieto a escasos centímetros de la cama, manteniendo la cabeza ladeada y esbozando una sonrisa malévola. Mostrando esa calma siniestra que precede a la peor tempestad—. Pero tampoco yo soy Diego de Castro, ¿verdad?

Amelia se tensó en el acto y, de forma inconsciente, hizo ademán de incorporarse para enfrentarse a él, encontrándose de golpe con la cruel realidad de su forzosa inmovilidad. Él se rió ante la evidente frustración de la mujer.

—Sí, eso es obvio. Ese idiota es tan poquita cosa —Amelia abrió mucho los ojos al percatarse de que todavía se refería a él en presente, por lo

que cabía albergar esperanzas acerca de su estado. Ligeramente aliviada, se permitió suspirar por lo bajito—, un vulgar medicucho de pueblo que no tiene ni donde caerse muerto y que ni siquiera viste bien —echó un rápido vistazo a su propia vestimenta, ciertamente elegante y de buen sastre, pero en ese instante sucia y arrugada, y resopló—, ¿acaso posee algo más que dos trajes raídos y su viejo maletín de cuero? —Se acercó a ella y le colocó un mechón suelto por detrás de la oreja.

—Usted nunca podrá estar a su altura, de Mosende, pues todo lo que le aventaja en economía lo pierde en moral y virtud —susurró ella sin poder contenerse—. Siempre será mejor persona que usted, por más que vista buen paño y calce cuero del mejor.

Alvar suspiró con condescendencia, demasiado rato, demasiado profundo.

—Veo que permanece ciega, mi querida Amelia, pero yo quitaré la venda de sus ojos. Ese hombre solo persigue su dinero, ¿no se da cuenta?

Esta vez Amelia sonrió.

—¿Y usted no? Toda la villa sabe de sus deudas de juego y de su afán por la buena vida, una vida muy por encima incluso de sus posibilidades actuales. ¿No es cierto que los acreedores se hayan hecho con sus propiedades de Sion? ¿No es cierto que incluso hace pocos meses le fue arrebatado su carruaje y un par de los mejores sementales de su establo?

Alvar tragó saliva y apretó los dientes. Las aletillas de la nariz se dilataron en furia ciega mal contenida.

—¡Usted no sabe nada! ¡No es más que una mujer entrometida jugando a juegos de hombres! —bramó—. ¡Usted no debería manejar todo ese dinero ni esas propiedades! ¡No las merece! ¡Las mujeres no están capacitadas para nada de todo eso!

Amelia apretó los labios e inhaló con furia por la nariz.

—¡No le permito que se dirija a mí en tales términos, señor! ¡No le permito que me menosprecie!

Él la miró perplejo unos instantes para, a continuación, estallar en una risotada que fue poco a poco incrementándose en grotesca carcajada.

—¿No me permite, dice? —seguía riendo como un demente, abriendo mucho la boca para dejar salir su locura convertida en carcajada inmoral—. ¿Acaso ha olvidado donde se encuentra, señorita Ballesteros? —Tornó serio de golpe, su mirada se volvió torva—. ¡Se encuentra muy lejos de sus dominios, pequeña estúpida, aquí usted no es nadie, mucho menos la estirada y encopetada señorita con ínfulas de reina! ¡Bájese los humos de una maldita vez, porque aquí el que maneja los hilos soy yo, Alvar de Mosende! Hace unos años mi casa no tenía nada que envidiar a la suya.

—¡Pero usted se encargó de dilapidar la herencia familiar dándole un uso indebido! —Se atrevió ella a tensar la cuerda dialéctica—. Si su padre levantara la cabeza se revolvería en su tumba. Mi padre decía de él que era un juez de paz honorable, una persona noble y justa.

—¡No miente a mi padre! —Él alzó un dedo amenazante a pocos centímetros del rostro de ella—. No era más que un viejo sentimental y estúpido. En la vida los logros se obtienen por otros medios, señorita, nada de sentimentalismos y flaquezas: mano firme y acero afilado.

—Eso es lo que usted hace, ¿verdad? Actuando de continuo como un vulgar matarife —susurró ella, mirándolo con desprecio—. Basta que se le antoje una propiedad para que sea capaz de amedrentar a su propietario con tal de hacerse con ella. Me pregunto si incluso habrá osado llegar a más...

—No se lo pregunte, señorita, no le gustará la respuesta —su rostro a milímetros del rostro femenino, sus ojos de hielo clavados en los vibrantes jades, los labios abiertos y torcidos en sonrisa lobuna, Amelia no podía menos que sentir un miedo atroz recorriéndole las entrañas. Un miedo que puso en

marcha sus tripas, imponiendo a su organismo una indeseada necesidad física, normal al fin y al cabo después de tantas horas de obligada contención.

—Necesito un momento de intimidad —fue lo único que pudo balbucear, sintiéndose avergonzada de su debilidad.

Alvar se enderezó y espurreó una sonrisa mientras, manteniendo la cabeza inclinada, la meneaba muy despacio en negación.

—Ese es un truco muy viejo, querida.

—¡Pero no es ningún truco! —Insistió, al borde del sollozo. Debía de estar encarnada como una amapola, a juzgar por los calores que ahogaban su pecho y su rostro—. Lo necesito de verdad.

Ahora él sonrió con amplitud, aunque se le veía a las leguas que se había empezado a poner nervioso. Si no quedaba lo suficientemente claro por el repentino *tic* de su ojo, se hacía evidente por la vena que latía en su sien o por el intenso rubor que empezaba a teñir su rostro.

—¡No! —dijo rotundo—. ¡No-me-da-la-gana! Quiere engañarme y eso no está bien, nada bien, señorita tunanta —de pronto se llevó las manos al pelo para deslizar los dedos a lo largo de la cabeza. Al llegar a la nuca detuvo las manos allí para apretar las cervicales con fuerza—. No va a engañarme con juegucitos femeninos. La he traído aquí para concederle la oportunidad de recapacitar y salvar su destino. Puede retractarse y salir de aquí con una solución ventajosa para ambos o, por el contrario, empecinarse y arruinar su vida convirtiéndose en una mula de carga. Reconsidérelo, la mejor forma de abandonar este lugar es hacerlo en calidad de señora de Mosende.

—Nunca... —siseó ella, retándolo con la mirada.

—Entonces nunca saldrá de aquí, nunca...

Amelia sollozó, un sollozo consecuencia de la frustración más profunda, de la desesperación del reo que no ve escapatoria a su destino. De la necesidad truncada.



—Tic tac, el reloj corre en su contra. No quiero perder la paciencia así que no demore demasiado tiempo la respuesta adecuada, por su bien —y dicho eso, tras deslizar sobre ella una mirada olímpica mezcla de desdén y posesividad, abandonó de nuevo la estancia cerrando tras de sí con un sonoro portazo.

Lo que Amelia desconocía era que el único punto que demoraba por el momento el desenlace deseado por aquel canalla, era su imposibilidad de encontrar un medio de transporte adecuado para abandonar la cabaña sin ser vistos. Hasta allí la había llevado doblada sobre la silla de un caballo, inconsciente, en plena noche y sin levantar sospechas. Pero en una de sus incursiones fuera de la cabaña había podido descubrir que toda la villa se había movilizado en busca de la señorita y que no le iba a resultar nada fácil pasar desapercibido con semejante lastre detrás. Nadie se prestaría ahora a cederle un coche, un carro o cualquier otro vehículo en el que ocultarla de forma debida.

Por fortuna, por el bien de la integridad moral de la dama y debido a sus propias cavilaciones, el malvado no fue capaz de percatarse de la vergonzosa humedad que empapó de forma repentina e incontrolable los calzones, las enaguas e incluso el colchón bajo el inmóvil cuerpo femenino.



—Despierte, despierte...

Amelia paladeó lentamente su modorra. ¿Se había quedado dormida? ¿En qué momento? ¿O es que en realidad todo se trataba de un sueño? Teniendo en cuenta los matices susurrantes y siniestros de aquella voz que llegaba hasta ella en volandas, desde algún lugar perdido entre la bruma del

subconsciente, en realidad debía de tratarse de una horrible pesadilla.

Despegó los párpados muy despacio y no pudo evitar dar un brinco al encontrarse con el rostro de Alvar pegado a ella, a tan corta distancia que pudo incluso verse reflejada en el hielo impío de sus pupilas. Estaba sentado en el borde del lecho, inclinado sobre ella, limitando incluso todavía más su espacio vital. Acaparándolo por completo. Como absorbiéndole la vida.

— Le he traído algo de comer, porque supongo que tendrá hambre...

Amelia miró con escepticismo el plato adornado con lonchas de jamón frío, pan y queso que Alvar sostenía entre las manos. Luego lo miró a él y su ceño se frunció. ¿De verdad no se daba cuenta de que estaba llevándolo todo demasiado lejos? ¿De verdad no se daba cuenta de que había sobrepasado los límites al mantenerla retenida en contra de su voluntad? Toda Lamallada estaría buscándolos. Las autoridades se habrían movilizado, movilizado incluso a las aldeas vecinas. Aquello no podía terminar bien.

—Es buena cosa que se alimente, no puede permanecer en ayunas o desfallecerá —de nuevo aquella sonrisa radiante en su rostro, evidenciando la farsa y haciendo enardecer la templanza de Amelia.

—¿Por qué me trae de comer? ¿No se supone que a los reos no se les da ni agua?

Alvar la miró largamente. Parecía tratar de estudiarla, de calibrar hasta donde quería llegar ella y a dónde iba a permitirle llegar él.

—Solo habrá castigo cuando no haya sumisión, querida. Cuando se porte bien, todo irá bien, por eso resulta imperativo que se porte bien y colabore —dijo con voz calmosa—. Ahora sea buena y coma algo. Tiene que comer y mantenerse con fuerzas para cuando nos vayamos de aquí. Y nos iremos pronto. Tenemos que irnos pronto, nos esperan.

Amelia boqueó.

—¿Quién nos espera?

—Un cura nos espera. He conseguido localizar a uno aquí cerca, en la frontera con Portugal. Tenía pensado darle la oportunidad de reflexionar y aceptar su destino por voluntad propia, pero lo cierto es que ya no hay tiempo, lo aceptará sea cual sea la forma —se limitó a decir. Y acto seguido agarró una loncha de jamón con bastante rudeza y se lo acercó a Amelia a la boca—. Coma, no podemos demorar demasiado nuestra partida.

En lugar de separar los labios, Amelia los apretó con fuerza, encajando los dientes para presentar batalla. Alvar no se dejó retar. Dilatando las aletillas de la nariz y exhalando con fuerza en un intento, vano, de controlar su ira, sujetó la carne y lo estrujó contra la boca cerrada de ella.

—¡Coma, maldita sea, tiene que comer! ¿Por qué diablos es tan empecinada? ¿Por qué se ofusca negándose a obedecer?

Amelia mantenía su porfía de no colaborar, luchando contra su imposición hasta que, en un momento dado, abrió la boca solo para escupir directamente a la cara de Alvar los restos de alimento que se le habían quedado pegados a los labios.

—¡No voy a comer nada de lo que usted me ofrezca! —exclamó—. ¡Prefiero morirme de hambre y de sed antes que acceder a sus deseos! ¡Entérese bien! ¡No voy a irme con usted a ninguna parte!

Indignado, Alvar tiró al suelo el plato y lo que quedaba en él. Rojo de ira e indignación se levantó de la cama como un vendaval y alzó el puño en ademán de ir a descargarlo contra ella. Pero no lo hizo. Para sorpresa de Amelia, no lo hizo. Jadeando y resollando como un animal herido, bajó el puño despacio y se limitó a morderse el labio inferior mientras respiraba muy fuerte, luchando por calmarse.

—Lo hará —espetó, muy serio—. El tiempo de las concesiones ha pasado, querida. Ya está todo organizado, nos iremos cuanto antes. ¡Esto terminará de un modo u otro, usted eligió el modo complicado!

Sin mediar mayor palabra abandonó la estancia. Había conseguido comprar un carro y una borrica a un borrachuzas sin nombre y efectivamente conocía a un cura sin escrúpulos del otro lado de la frontera, un cura que los casaría sin hacer preguntas a cambio de un buen fajo de billetes. Ahora ya solo restaba esperar el momento propicio en el que ningún intruso obstaculizara su camino, amordazar bien fuerte y atar bien segura a aquella desquiciante mujer para dejar la villa atrás y poner la guinda final a su espléndido plan.



Diego se vio obligado a despabilarse cuando una inesperada irrupción en la quietud de su consultorio lo sobresaltó del ligero duermevela en el que permanecía sumido. Uno de los hombres de la aldea, Ginés Balseiro, se acercó a él con paso presuroso y expresión inquieta.

—Doctor de Castro, un grupo de hombres vamos a ir al bosque a realizar una batida intensiva, en compañía de la guardia civil, ¿nos acompaña?

Demoró un rato en reaccionar, enredados todavía sus sentidos en las brumas del sueño.

—Alguien ha encontrado a Simón Monforte en la cantina, encharcando en vino hasta el alma —habló el aldeano, provocando que el doctor parpadeara confuso ante su infructuosa charla—, se extrañaron de que llevara ya un rato bebiendo puesto que no tiene ni un mendrugo que llevarse a la boca. Tras tirarle de la lengua un poco descubrieron que había conseguido algo de dinero vendiendo su viejo carro y su borrica.

Diego bostezó y peinó el cabello con los dedos.

—Adivine a quién.

Despabilándose de golpe, agarró la chaqueta y se levantó de su silla como impulsado por invisible resorte.

—¡Vámonos!



Amelia continuó concentrada en la operación que la había mantenido ocupada durante todo ese tiempo: restregar con fuerza y desesperación las trencillas de las muñecas encima de las rebarbas de óxido de las juntas, consciente de que faltaba muy poco para que cedieran. Llevaba mucho rato, horas quizás, peleando con la cuerda, desde el momento en el que Alvar abandonara la habitación con la excusa de ir a organizarlo todo para su partida. De nada le serviría: no iba a acompañarlo por propia voluntad, ¡jamás!, pelearía y presentaría batalla hasta el último instante. Si pretendía sacarla de allí y llevarla con él a cualquier otro lugar tendría que hacerlo con ella inconsciente o, de lo contrario, patlearía, gritaría y hasta mordería con tal de ponérselo difícil. Ningún cura les casaría si ella oponía resistencia. Ningún cura aceptaría que la obligaran a acatar ese santo sacramento en contra de su voluntad.

Las sombras del ocaso oscurecían la estancia. El miedo y la negación a pasar otra noche más de cautiverio en aquel horrible lugar y en compañía de aquel sádico hacían que actuara con mayor desesperación, hasta el punto de que no había dejado de friccionar las cuerdas en ningún momento, llegando incluso a perpetuar la herida en la carne y causarse un daño notable.

Regueros de sangre corrían por sus pulsos, colándose bajo las mangas hasta hacerla estremecer, y la carne viva pulseaba y escocía bajo el roce continuado y lacerante del bramante. Pero no importaba, porque ahora más que nunca estaba dispuesta a plantar cara y luchar por salvarse, aunque le fuera la vida en ello.

Lágrimas corrían por sus mejillas, oraciones silenciosas brotaban de su mente...

Hasta que, en un último tirón, la trencilla de la muñeca derecha acabó por reducirse a un fino hilillo y, finalmente, romperse.



Lo había considerado imposible y aunque era su única esperanza de escape, y lo sabía, no había confiado sinceramente en poder conseguirlo. Pero al final, cuando tras mucha paciencia, tesón, insistencia y desesperación, consiguió rasgar la trencilla de la muñeca derecha, vio el cielo abrirse sobre su cabeza. Rápido, sin perder ni medio segundo, deshizo con los dedos las ataduras de la otra mano hasta conseguir liberarse del todo.

Gimió desesperada, incapaz de contener su sufrimiento, abriendo la boca en una devastadora mueca que pretendía ser muda. El dolor de los brazos, al bajarlos, resultaba abrumador pero no podía delatarse gritando, tal y como desearía. Durante unos segundos, por tanto, se limitó a boquear y a silenciar su agonía, manifestándola tan solo a través de las contorsiones de su gesto y a las desesperadas bocanadas mudas que lanzaba al aire.

Deslizó las piernas sobre el colchón arrastrando consigo los amplios pliegues de tela de la falda hasta girarse y conseguir apoyar ambos pies en el suelo. Movié los dedos dentro de las botinas intentando despertar los pies dormidos. Su sentido del equilibrio era precario pues nada más incorporarse en la cama la habitación empezó a girar en derredor, y las punzadas en las cervicales y las náuseas del estómago a manifestarse.

—¡Oh, cielos, no me hagas esto ahora, no me hagas esto ahora! — suplicó a su cuerpo, apenas en un susurro.

Cerró los ojos, tragó, rezó, sollozó y poco a poco el mareo y las náuseas fueron remitiendo, aunque no desapareciendo por completo. Se puso

en pie, tambaleante, acariciándose las doloridas muñecas, descubriendo la carne abierta y la sangre que manchaba los puños de tela. No se encontraba nada bien. Llevaba tiempo sin comer y se encontraba mareada y muy débil.

Pero podía andar, y eso, de momento, sería suficiente.

Con un par de pasos vacilantes cruzó la estancia. En su interior sentía un auténtico revoltijo, un inquietante vaivén de sensaciones físicas, como si toda la inestabilidad de un océano se hubiera retenido en el humilde y pequeño contenedor que era su cuerpo. Cuando alcanzó la puerta se frenó en el acto. Agarró la manilla y aspiró una profunda bocanada de aire. Seguramente Alvar estaría del otro lado, pensó, pero tenía que pasar por allí si quería salvarse. Era eso o salir por la ventana. Y no sabía el ruido que podían hacer aquellas viejas hojas al abrirse, si acaso se abrían, pues los goznes parecían oxidados; o lo que se encontraría del otro lado. ¿Y si se encontraba en un segunda planta? No se sentía con fuerzas de saltar. Su presencia de ánimo podía incitarla a acometer cualquier iniciativa, pero su sentido de la lógica le decía que jamás lo lograría en su estado físico actual. La única solución viable, por tanto, era echarle arrojos y salir a puerta gayola.

—Una... —contó en baja voz, jadeante, apretando la manilla bajo su mano—, dos... ¡y tres!

La habitación desembocaba en un pasillo demasiado corto, estrecho y tenebroso, sin ningún tipo de iluminación o ventilación, que doblaba a mano derecha hacia una nueva oquedad algo más iluminada. Por fortuna estaba despejado así que Amelia, sin saber a dónde se dirigía en realidad, echó a andar con prisas hacia la única salida existente, apoyando las palmas contra las estrechas paredes encaladas en un claro intento de superar la claustrofobia que le provocaban.

Cuando dobló el recodo de lo que supo entonces que era una planta baja, justo en el momento en el que atisbó frente a ella la puerta principal



entreabierta y saboreó durante una fracción de segundo las mieles de la salvación, chocó con algo que se interpuso en su camino. Una mole enorme e infranqueable que se revolvió en el acto, reaccionando con presteza.

—¿Adónde cree que va, Amelia? —la agarró por la cintura y la alzó en volandas obligándola a retroceder en el pasillo con un giro rápido. Amelia empezó a patallar en el aire y a chillar, desesperada y frustrada. ¡No podía permitir que aquel monstruo desbaratara sus planes! ¡No ahora, cuando veía tan cerca la posibilidad de escapar! ¡No podía permitir que todo el esfuerzo fuera en vano! ¡Era luchar o morir, luchar o morir!

—¡Suélteme! —gritó fuera de sí, revolviéndose como un animal herido. Su exterior resultaba penoso: completamente roja a causa del esfuerzo, con el pelo convertido en un auténtico nido de cuervos, las ropas revueltas y el rostro lloroso.

—¡Estese quieta, Amelia! —gritó Alvar furioso—. ¿Me ha oído? ¡Estese quieta o lo lamentará!

Pero ella no podía ni quería estarse quieta. Se sentía presa de un frenesí imparable y desde lo más profundo de sus entrañas —como si de un macizo de algas asomándose a la superficie acuática se tratara— emergía la necesidad de sobrevivir. No podía dejar de soltar manotazos a diestro y siniestro, en la mayor parte de las ocasiones lanzados al aire y sin ningún blanco aparente. Chillaba, gruñía con las lágrimas velando sus ojos y, si tenía ocasión, mordía la carne de aquel que pretendía someterla.

—¡Basta ya, maldita sea! —Sujetándola aún por la cintura la arrojó contra la puerta acristalada de una pequeña estancia que surgía en el lado opuesto a la puerta principal, seguramente con el fin de alejarla lo máximo posible de la salida y aplacarla de una vez por todas. El entrepaño de cristal cedió con el peso de su cuerpo, rompiéndose en mil pedazos.

En medio de la catástrofe de cientos de miles de diminutas esquiras

brillantes Amelia permanecía tumbada, gimoteante, aovillada sobre sí misma, atolondrada y ensangrentada a causa de los múltiples cortes que la caída le acababa de provocar. Tal y como Alvar había supuesto, aquel golpe extremo la detuvo. El silencio —enturbiado tan solo por los sollozos de ella y la jadeante respiración de él— cayó sobre los dos como losa implacable.

Alvar se acercó a ella muy despacio, tanteando la situación, y agitó la mano derecha en el aire mientras componía una mueca de fastidio.

—¡Me ha mordido! —exclamó agraviado, como si semejante afrenta por parte de ella superara el hecho de que él mismo la había raptado y maltratado primero—. ¿Cómo se atreve a morderme? ¿Se comporta como una vulgar mujerzuela!

Desde su posición sedente, al ver cómo aquellas enormes botas de cuero avanzaban acercándose a ella muy despacio, Amelia puso todos sus sentidos alerta y recompuso su desmadejado cuerpo como pudo.

—Usted ha iniciado este desastre... —farfulló entre dientes, traspasándolo con sus pupilas de jade—... ¡recoja lo que ha sembrado!

Atrapando el recorte de cristal que encontró más cerca y aferrándolo con todas sus fuerzas se incorporó de golpe, lanzando al aire un berrido gutural, para clavárselo a Alvar en el muslo con toda la desesperación que la calcinaba por dentro.

—¡Puuuuta! —El alarido que soltó la bestia herida resonó en toda la estancia mientras se retorció y bramaba de dolor, doblado sobre sí mismo y presionando la zona afectada con ambas manos, de la que sobresalía el estandarte de cristal.

Amelia aprovechó aquel momento de confusión, de gritos, aspavientos y blasfemias para actuar en consecuencia y cruzar la estancia a todo correr. Tenía que largarse a como diera lugar. Era ahora o nunca. Y tenía que ser *ahora*.

Dando tumbos, agarrando las faldas a puñados, abandonó la casa para adentrarse en las sombras de la noche y en lo desconocido, dejando tras de sí el doloroso repertorio de gritos, aberraciones y amenazas que soltaba allí dentro la bestia herida.



Cuando llegaron a la taberna encontraron allí, tal y como esperaban, a Simón Monforte. Estaba claro que esa noche tenía dinero, algo totalmente inusual en él, y que su intención era bebérselo por completo en forma de tazas de vino que no cesaban de vaciarse y llenarse sobre el sucio mostrador de madera.

Poco pudieron sacarle, no obstante, al pobre infeliz. Se encontraba tan ebrio y le costaba tantísimo enfocar visualmente, articular palabra y hasta respirar, que tuvieron que desistir de su improvisado interrogatorio. Lo único que pudieron obtener de él fue la confirmación de que, efectivamente, había vendido una carreta y una borrica al señor de Mosende, aunque este no le había informado de para qué necesitaba tal vehículo ni hacia donde se dirigía con él. Estaba claro que en su residencia no se encontraba, puesto que ya habían visitado la casa con anterioridad, así que dedujeron que no podía haberse ido muy lejos. El tabernero dijo que el viejo Monforte llevaba ya un par de horas bebiendo, por lo que se aventuraron a pensar que de Mosende debía andar por la comarca todavía. Resultaba imperativo batir el bosque.



Amelia avanzaba tambaleante, apoyándose, -más bien dejándose caer

cada pocos pasos-, contra los troncos de los robles para cerrar los ojos, respirar entre jadeos y tratar de liberarse del brutal zumbido que taladraba sus sienes. La noche era oscura como el abismo a los infiernos y sus pasos en lo desconocido parecían no llevarla a ninguna parte. Al menos no a ninguna parte lejos de aquel intrincado laberinto de árboles, helechos y zarzas que asomaban por doquier y que parecían no tener fin, conformando una legión de sombras y fantasmas de la noche.

Estaba agotada, atacada de los nervios y presa de ese desánimo brutal que embarga a cualquier persona después de haberse liberado de golpe de una importante carga emocional. Ahora mismo su presencia de ánimo se encontraba por los suelos y físicamente ya no podía ni sostenerse en pie.

Además le dolía horrores la mano derecha. Se había hecho un tajo considerable al sujetar el trozo de cristal con el que hiriera a Alvar. Tan fuerte lo había agarrado y tan fuerte lo había empuñado a modo de arma, que la consecuencia fue rajarse la palma de la mano de lado a lado, y ahora escocía, pulseaba y sangraba como un caudal desbocado. De hecho sentía la sangre correr a cada segundo y cuanto más apretaba la mano a pesar del dolor que ese gesto le provocaba, más sangraba. Estaba perdiendo mucha sangre y estaba segura de que aquello, sumado a su debilidad física y a su actual estado de agotamiento, no iba a traer nada bueno. Corría el riesgo de desmayarse de un momento a otro y, de hecho, ya notaba cómo la visión se nublaba por momentos o cómo las rodillas se le doblaban.

La oscuridad era completa. Ululaba a lo lejos algún búho, chirriaban los grillos nocturnos tomando las pulsaciones a la noche y, a pesar de la agradable temperatura estival, el ambiente era absolutamente despacible. O tal vez así lo sintiera ella dado su estado de miedo y nerviosismo.

Aparte de los ruidos característicos del bosque solo podía escuchar el sonoro resoplido de su propia respiración, transformada ahora en un agónico

resollar, o el pulsar de la sangre en las sienas. ¡*Thloc, thloc, thloc!*

Por todas partes entre las sombras escuchaba crujir la maleza anunciando presencias invisibles y, tal vez, amenazantes, y su sentido de alerta no era capaz de relajarse en ningún momento. Avanzaba a trompicones a causa de la ceguera visual, jadeando, arrastrando los pies y abriendo mucho los ojos sin alcanzar a ver nada en realidad. Noche sin luna, noche de lobos. Noche de miedo.

De repente distinguió una luz a lo lejos. Fue algo fugaz, algo tan repentino que por un momento creyó estarlo imaginando. Parpadeó con insistencia forzándose a enfocar en la negrura. Estar a punto de perder la consciencia podía provocar alucinaciones, ¿verdad? Pero de nuevo la volvió a ver. Y este vez no una, sino dos. Dos luces intensas, amarillentas, que se colaban zascandileantes entre los árboles para desaparecer después con la misma rapidez. Moviéndose como la estela de dos estrellas fugaces, como dos visitantes inesperados. Como si le hicieran un guiño. ¿Estaba el destino haciéndole un guiño? Más bien burlándose de ella.

Tomó una gran bocanada de aire y avanzó con energías renovadas hacia el lugar donde había visto durante unos segundos aquellos haces de luz en movimiento. Sentía que ya no podía más: la cabeza martilleaba, los ojos se velaban a cada paso, la mano dolía, las rodillas se doblegaban, arrastraba los pies, el pecho era en ese instante un volcán a punto de entrar en erupción y colapsarlo todo... pero si había visto luz, había visto esperanza, había visto vida, había visto una posibilidad de escapar del monstruo que acababa de dejar atrás.

¿Por cuánto tiempo permanecería en la retaguardia? No lo sabía. Pero seguro que cuando se sintiera con fuerzas de salir tras ella su ira iba a ser monumental. Si se había tomado tan a pecho una simple negativa, llegando al horroroso extremo de secuestrarla en su propia casa para obligarla a

desposarse con él, ¿qué no sería capaz de hacer para vengarse por haberle humillado, por haberle herido? La mataría. Entonces sí que la mataría.

A pocos metros frente a ella, en un claro traspasado por un sendero serpenteante, descubrió un pequeño carruaje cerrado. Un carruaje que, en la portilla, tenía grabado el emblema de la guardia civil. Las farolas delanteras emitían la luz amarillenta que ella había atisbado entre los árboles. Dos caballos permanecían en el tiro y pastaban tranquilos la hierba que emergía bajo sus patas. El pescante aparecía vacío y, desde lejos, el interior se veía silencioso y oscuro, no obstante no pudo evitar sentir un atisbo de júbilo atreviéndose a asomar en su pecho. Una pequeña lucecita esperanzadora que quería palpar en medio de tanta negrura. Temblorosa sonrisa curvó sus labios. ¡Las autoridades se encontraban en el bosque! Seguramente había gente buscándola, seguramente el sargento y sus oficiales habían acudido allí para buscarla. No deberían andar muy lejos.

Avanzó a trompicones, exhalando lo que supuso sería su último aliento. Sentía cómo el alma se le iba entre los labios, a cada paso, con cada punzada de dolor que la traspasaba... y no le importó. Todo era poco con tal de acercarse a aquel coche y ponerse a salvo. Y se sintió satisfecha, porque al menos moriría luchando por su vida y no dejándose morir bajo un árbol, esperando a que el monstruo diera con ella.



Alejandro Martínez, joven cabo de la guardia civil, bostezó de forma sonora por segunda o tercera vez durante los últimos cinco minutos. Su sargento, en compañía del doctor y de varios guardias más, así como de un pequeño séquito de aldeanos, le había dejado de guardia en aquel punto concreto del bosque que se había convertido en el improvisado punto de reunión. Desde allí se habían separado en varios grupos de búsqueda en un nuevo y desesperado intento de encontrar a la señorita Ballesteros. Su obligación esa noche era bien sencilla, a la par que aburrida: esperar allí mismo por si apareciera de Mosende o la propia señorita. Si el villano aparecía debía inmovilizarlo de inmediato. Él hubiera preferido la acción, hubiera preferido moverse y obligarse a un poco de actividad. A fin de cuentas quedarse allí como un pasmarote no le hacía ninguna gracia. Por ello, después de casi una hora de silencio e inactividad, decidió meterse en el vehículo y esperar sentado. Desde allí podía perfectamente vigilar el exterior. Cuando apareciera el sargento ya saldría y ocuparía su puesto. Un poco de relajación no le venía mal a nadie.

No obstante su deseo de descanso físico y mental en su improvisado oasis se le truncó de inmediato puesto que fue despabilado de golpe por un topetazo seco en la puerta del carruaje. Un golpe rotundo e inesperado que le hizo dar un brinco en su asiento.

—¡Maldita sea, qué demonios....! —chilló. Y sus ojos por poco se salen de las órbitas cuando miró hacia el exterior y vio en la ventanilla, marcada en sangre, la silueta de la palma de una mano. Una mano que escurría en rojo reguero hasta perderse más abajo del cristal.



Amelia despegó los párpados muy despacio.

Se encontraba tumbada, en realidad bastante retorcida e incómoda, sobre una superficie blanda y reducida. Parpadeó con insistencia, apretando los párpados a pequeños intervalos, tratando de enfocar en medio de la oscuridad. No obstante sabía que ya no se encontraba en el bosque puesto que la negrura no era completa: existía un pequeño haz de luz amarillento muy cerca, procedente de alguna parte a su costado.

—¡Señorita Ballesteros, señorita Ballesteros, ¿se encuentra usted bien?! ¡Despierte, por favor, despierte, pronto vendrá la ayuda!

Una voz suave, amable, se expresaba en susurros muy cerca de ella. Era una voz masculina, pero no la voz del monstruo. El villano no la había interceptado. Todavía.

En un movimiento reflejo trató de erguir la cabeza pero dos manos se lo impidieron, reteniéndola suavemente por los hombros.

—Tranquila, señorita, aquí está salvo... —la voz masculina tomó forma corpórea y Amelia sintió un infinito alivio al descubrir el uniforme de la guardia civil en la figura del amable cabo Martínez. Conocía a todos los miembros de la autoridad de la villa. Lamallada era un lugar muy pequeño donde todos sabían los unos de los otros y allí, en compañía de aquel servicial muchacho, sabía que, efectivamente, iba a estar a salvo. Envuelta en un suspiro



necesario para dejar salir el brutal agotamiento emocional que la embargaba, descansó la cabeza hacia atrás, en el interior de aquel estrecho carruaje que ahora se le antojaba el lugar más cómodo y maravilloso del mundo. Buscó su mano derecha, alzándola ligeramente ante sus ojos, y la encontró envuelta y apretada en lo que le pareció un sobrio pañuelo masculino. Estaba teñido de rojo y, bajo la tela, todavía sentía la herida pulsar.

—El sargento estará al llegar —informó el muchacho—, hace ya más de una hora que partieron en su búsqueda. Descanse ahora, señorita, lo peor ha pasado, su pesadilla ha terminado.

—El señor de Mosende... —intentó hablar, pero notaba la garganta seca y hasta el simple hecho de tratar de articular palabras le molestaba.

—Lo encontraremos, señorita, y deberá enfrentarse a la justicia por su felonía, se lo prometo, no podrá salir impune esta vez —varias decenas de lágrimas se agolparon tras los párpados de la joven, que los apretó con fuerza para cortarles el paso—. Pero por el momento debemos quedarnos aquí y esperar los refuerzos, no tardarán. No debemos extraviarnos por el bosque, eso sí sería peligroso con el señor de Mosende rondando por ahí fuera. En el coche estamos a salvo.

Amelia tragó saliva, tratando de asimilar la información.

—El doctor de Castro... ¿se encuentra bien? ¿Él no ha...?

—El doctor se encuentra perfectamente, señorita, la está buscando como un loco, acompañando al sargento y a los demás. Está muy preocupado por usted. Ha movilizado a todo el mundo —y sonrió con condescendencia—. Aseguró que no se detendría hasta dar con usted. Ninguno de nosotros lo haría.

—Gracias... —sollozó, llena de gratitud en verdad hacia todos y especialmente hacia su amado Diego. Su amor, sabía que no la abandonaría. Se lamió los labios para poder continuar hablando—. El señor de Mosende es peligroso, él..., él parece haberse vuelto loco por completo. Está...

obsesionado conmigo, de una forma extraña y antinatural.

—Schhh, tranquila, pagaré por lo que ha hecho. Le doy mi palabra. Relájese ahora, la pesadilla ha terminado ya.

—No, no lo ha hecho —susurró entre dientes, sintiendo de nuevo la presencia de las lágrimas—. No lo hará hasta que lo detengan y se encuentre a buen recaudo. Hasta entonces nada estará bien, cabo, solo he despertado a la bestia. Y la bestia está furiosa ahora.



Diego caminaba con paso lento por aquel bosque oscuro como boca de lobo, dejando que el largo y estrecho haz de luz de su bugía precediera sus pasos y abriera vereda. A su lado, el sargento de la guardia civil oteaba entre los matorrales, levantando su propia bugía para iluminar el camino.

Habían dejado el carruaje oficial atrás a cierta distancia y se habían echado al monte formando varios grupos para tratar de encontrar algo, cualquier cosa, especialmente una pista que los llevara a aquel hijo de perra y a su Amelia.

Pero por el momento no veían ante sus ojos y a su alrededor otra cosa más que árboles, helechos, zarzas y maleza. En algún momento distinguieron un par de ojos brillantes a ras de suelo, pero dedujeron que debía de tratarse de un roedor o de algún zorro. Ni rastro del verdadero depredador que habían ido a buscar.

—Debemos volver al punto de encuentro, señor de Castro —anunció el sargento—. Hace ya bastante que salimos y necesitamos reorganizarnos.

Diego se llevó una mano a los ojos tratando de aliviar tanto su agotamiento como su desesperación. Sabía lo que las palabras del sargento

significaban: iba a posponer la búsqueda hasta la mañana siguiente. Suspiró en profundidad. Y no podía oponerse. En medio del bosque y con esa oscuridad resultaba imposible encontrar pista alguna. Imposible rastrear huellas, imposible distinguir posibles escondrijos.

Los aldeanos y los miembros del cuerpo se encontraban por demás exhaustos. Tenía que resignarse otra noche más y albergar la esperanza de que al día siguiente emprenderían la búsqueda con nuevos bríos y, tal vez, con mejores resultados.



Amelia se sorbió la nariz y deslizó la mirada al exterior, al bosque. No se veía nada pero sabía que en algún lugar, entre las sombras, permanecía agazapado el tirano. Y, teniendo en cuenta esa certeza que le roía el alma a pequeños mordiscos, no podía permanecer tranquila ni quedarse quieta esperando a que la atrapara. Ningún coche podría mantenerla a salvo de su ira, tampoco aquel joven cabo de la guardia civil, por más empeño que pusiera en su protección, y lo sabía con dolorosa certeza porque había experimentado esa ira en propias carnes.

El cabo Martínez había dicho que la estaban buscando. ¡Toda la villa! Y que su amado Diego iba en cabeza. Suspiró. Deseaba reencontrarse con Diego más que cualquier otra cosa en el mundo. ¡Había sufrido tanto con la incertidumbre, con el temor de que de Mosende le hubiera hecho algún daño y poder perderlo para siempre! Ahora necesitaba abrazarlo, besarlo, sentirlo... Dolía la necesidad de ello. Pero ¿cómo permanecer tranquila cuando sabía que el enemigo acechaba? ¿Cuándo sabía que no estaba a salvo, que entre las sombras la vigilaba, esperando su oportunidad, y ahora más rabioso que

nunca?

El asustado relincho de los caballos quebró de pronto la quietud de la noche y los alertó a ambos: al joven cabo y a ella misma. Durante una brevísima fracción de segundo los dos se miraron en silencio, fijamente, sin atreverse ni a parpadear ni a respirar. Después, reaccionando, el cabo se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio mientras la otra mano viajaba hasta el cinto y se hacía con su pistola reglamentaria.

Amelia asintió nerviosa, rígida en su asiento, sabiéndose incapaz de realizar cualquier otro movimiento más que el de respirar a marchas forzadas y parpadear muy de cuando en cuando. La había encontrado. Tragó saliva con dificultad sintiendo que incluso ese gesto vital le suponía un pequeño gran esfuerzo. El galope desbocado de su corazón lo inundaba todo, colapsándole los oídos y obligándola a no escuchar más que un alocado bombeo. Le dolía el pecho. Muchísimo. Era imposible que una víscera pudiera agitarse de esa forma sin sufrir daño alguno. Seguramente acabaría por sucumbir de un momento a otro, de eso estaba convencida. Tanto dolor repentino en la zona torácica, tanto agobio, tan grande sensación de asfixia no podían terminar en nada bueno. El infierno, y eso lo comprendía a la perfección, acababa de desatarse, y el mismísimo demonio se encontraba allí fuera. Tal y como había temido.

El joven cabo permanecía muy quieto a su lado, con la pistola en la mano derecha, presta para vomitar munición. Estaba rígido como una estatua y lo único que poseía un cierto movimiento ralentizado en su rostro eran los ojos, que se desplazaban vigilantes de una ventanilla a la otra.

Todo sucedió entonces apenas en una fracción de segundo.

Cuando en la ventanilla descubrieron parapetada la máscara grotesca y macabra que era el rostro de aquel lunático, Amelia solo pudo dar un salto en su asiento y emitir un agudo chillido, sintiéndose completamente horrorizada.

El cabo Martínez se cuadró, ejerciendo su papel de macho protector y disparó, pero de poco o nada sirvió, porque de algún modo debió de errar el disparo. Muy rápido, en apenas el tiempo que dura un parpadeo, el cañón del arma de Mosende golpeó el cristal, rompiéndolo en mil pedazos. Con una agilidad demoníaca golpeó después la cabeza del guardia con esa misma arma, dejándolo en un estado de semi inconsciencia.

—¡Fuera del carruaje, los dos! —bramó Alvar, falto de paciencia, meneando el cañón. Dirigiéndose al muchacho, que sangraba de forma copiosa por la cabeza: — ¡Y nada de hacerse el gallito o te vuelo la tapa de los sesos!

Martínez, todavía aturullado, tragó saliva y abrió la puerta muy despacio, para bajarse después con parsimonia hasta situarse delante de Alvar, mostrando las palmas por inercia. Permanecía encorvado y con gesto dolorido.

—¡Bájese, Amelia! —Gruñó Alvar, mirándola con absoluto desprecio —. ¡Bájese ahora mismo!

Amelia no se movió, sosteniéndole la mirada. Sabía que aquella era su guerra y que batallaba con un demente, con un hombre obsesionado y fuera de sus cabales. Sabía que la batalla estaba perdida de antemano: nadie puede salir airoso de una contienda tan desigual, cuando uno de los contrincantes juega sucio y con la ventaja que conceden las malas artes, la necesidad de venganza y supremacía y la rabia contenida.

Pero Alvar no estaba para juegos y tampoco para demoras, había perdido la paciencia mucho tiempo antes, allá en la casucha, cuando la mujer se había revuelto contra él, clavándole un cristal en el muslo hasta el punto de casi llevarlo a desangrarse. Por ello, introdujo medio cuerpo en el coche a través de la ventanilla rota, sin dejar de apuntar al cabo con su arma, para agarrar a Amelia de cualquier modo por la ropa y tirar de ella hasta arrojarla literalmente fuera del vehículo. La joven cayó de bruces a sus pies con un

sonido ronco y un gemido ahogado, pero se recuperó al instante, forzándose a levantarse con dignidad y sacudiéndose la ropa para correr al lado del cabo Martínez que, manos aún en alto, había dado un paso en su dirección para auxiliarla. Ambos se abrazaron.

—¡Vaya, qué escena tan tierna! —Se burló Alvar, mirándolos con cara de náusea.

Amelia lo miró a su vez, rabiosa. La pernera derecha del pantalón estaba completamente teñida de oscuro y un trapo ejercía de improvisado torniquete entre la rodilla y la ingle. Llevaba sangre por todas partes: en las manos, en los brazos, en la ropa y en la cara, probablemente de hacerse una cura de urgencia a sí mismo.

Entonces, sin mediar otra palabra o gesto más que el apretado rechinar de sus dientes y su ceño fruncido, su expresión de decepción y el brillo asesino que asomó a sus pupilas de hielo, Alvar levantó la mano y la dejó caer contra la cara de la muchacha, golpeándola directamente con el arma en una sien. El rostro de Amelia se volteó en el acto bajo el revuelo de su abundante melena oscura y cayó de una pieza al suelo, inmóvil y desmañada como un peso muerto.

—¡Oiga, no le permito que trate así a la señorita en mi presencia! —Protestó Martínez, adelantándose otro paso—. ¿Quién se cree que es?

—¡Quieto! ¡No te muevas, imbécil, o te vuelvo la cabeza! —gritó Alvar, apuntando a aquel cretino que había hecho nuevo amago de interceder—. ¡Esto no te incumbe en absoluto!

—¡Me incumbe! —Protestó el joven—. Ahora mismo soy aquí la autoridad y usted solo es un malnacido que acabará colgando de un pino.

—¿Eso crees, mequetrefe? ¿Tú eres la autoridad? —y sin mediar más palabra pegó un tiro que derribó al joven y terminó por silenciarlo en el acto. El lateral derecho del uniforme se tiñó de escarlata. Alvar se inclinó para

agarrar a Amelia de cualquier manera, como si fuera un gurrño en realidad, y cargársela sobre un hombro tal que un fardo. Para un mastodonte como él, Amelia suponía apenas un peso pluma.

—¡Andando, nos vamos de aquí! —repuso, una vez pertrechado con su preciada carga, en esos momentos casi en estado catatónico.



Diego y el sargento, amén del pequeño grupo que les acompañaba, escucharon el disparo a corta distancia de donde se encontraban. Se miraron el uno al otro apenas un segundo para, en silencio y sin necesidad de mayor comunicación entre los dos que sus miradas cargadas de decisión, echar a correr en dirección al punto de encuentro, donde habían dejado de guardia al cabo Alejandro Martínez.

Diego supo de inmediato que algo no iba bien cuando descubrió la ventanilla lateral hecha pedazos y los caballos cabeceando, relinchando inquietos y pateando el suelo. Aquello no podía significar nada bueno.

Sin dejar de mirar a un lado y al otro, sin dejar de buscar cualquier cosa entre las sombras, empezó a caminar con paso prudente hacia el vehículo, manteniendo sus pasos dentro del potente haz de luz de su bujía y los ojos puestos en todas partes. Estaba dispuesto a enfrentarse a quien fuera; Alvar de Mosende era más grande que él, pero en una lucha cuerpo a cuerpo por Amelia, tal y como se sentía de furioso en esos momentos, podía tener posibilidades de vencerlo. O al menos de hacerle mucho daño. Y estaba dispuesto a enfrentarlo y a acabar con él si de ese modo liberaba a Amelia, por eso se adelantó al resto del grupo.

Se quedó de piedra cuando descubrió en el suelo, a un costado del vehículo, el cuerpo inerte y ensangrentado del joven cabo. Raudo se inclinó



sobre él para tratar de encontrar sus constantes vitales. Un suspiro de alivio huyó de sus labios cuando apreció pulso en su cuello, bajo la yema de sus dedos. Cerró los ojos y dio gracias al cielo. Con mano firme y experimentada apartó la casaca empapada en sangre para observar la herida: necesitaba atención médica, puesto que la bala todavía se alojaba en su hombro.

El sargento apareció de inmediato y se inclinó a su lado, tratando de hacer regresar a su subordinado al mundo de los vivos. Tras breves indicaciones del médico se aprestó a presionar la herida empleando un retal de camisa limpia que el doctor había rasgado de su propia prenda.

Pronto todo el grupo se cernió sobre ellos en pequeño y respetuoso corrillo, dispuestos a ayudar. Estaba claro que había sido el oficial quien había disparado, no obstante el único cuerpo herido era el suyo. Allí no había rastro de nadie más. Seguramente Martínez había visto algo sospechoso, puede que incluso al propio de Mosende, con o sin Amelia.

Diego se enderezó y miró alrededor, dirigiendo la luz de su bujía a puntos entre la espesura sin concretar. Lo que más le apetecía en esos momentos era gritar, hacerse sentir, de Mosende no podía estar muy lejos de allí, pues el disparo había sonado hacía pocos minutos y puede que Amelia estuviera con él. La rabia más insondable bulló en sus entrañas, sacudiéndolo por dentro.

—¡Sal de donde estés, maldito cobarde! —gritó a la oscuridad. Todos los presentes alzaron el rostro para mirarlo en silencio. Ninguno osó acallarlo. Sabían a esas alturas lo que la señorita Amelia significaba para él y asumían todo el desespero que debía de estar experimentando en su interior—. ¡Déjala y ven a por mí si eres hombre, enfréntate a alguien de tu condición!



Cuando Amelia abrió los ojos experimentó una sensación extraña e inesperada: el contacto de una superficie dura y rugosa aplastando su mejilla izquierda. En realidad, lo que sucedía era que se encontraba tumbada boca abajo, con el rostro aplastado contra las tablas del suelo. Un suelo de madera, bajo un techo y entre cuatro paredes llenas de oscuridad.

El fuerte olor a rancio, a viejo y a humedad invadió de golpe sus fosas nasales,-¡de nuevo!- transportando su consciencia a un lugar conocido del que había conseguido huir apenas poco tiempo antes. Los nervios se apoderaron de su estómago haciendo que sus tripas giraran de anticipación. Tuvo que abrir la boca y expulsar todo lo que llevaba dentro y que en esos momentos se traducía solo en amarga bilis. Las convulsiones a que la llevaron tan violentas arcadas acabaron por consumirla y doblegar su cuerpo.

Una vez hubo terminado, sintiéndose por completo exhausta, se dejó caer de nuevo, quedando otra vez tendida sobre la dura superficie tableada. Su instinto de supervivencia la llevó a no mover ni un solo músculo, aparte de los ojos, y solo para tratar de enfocar entre las sombras y ubicarse mejor. Lo que sí movió fueron los dedos de las manos, muy muy despacio, para comprobar su funcionalidad. Después las piernas, arrastrándolas apenas unos milímetros en aspa sobre el suelo. Todo parecía, dentro de la fatalidad tremenda en la que se encontraba, estar en orden en su cuerpo y ni siquiera se resintió esta vez del dolor pulsante de su mano. Tampoco percibió ningún dolor nuevo, fuera de las magulladuras, de la potente sensación de cansancio que la dominaba y el reciente malestar en su estómago. Tal vez la excitación y las ansias de salvarse imperaran sobre todo lo demás. Ya no había dolor físico, solo la necesidad de liberarse. Una necesidad que la corroía por dentro, invadiéndola, superándola, y cuya imposibilidad de llevarla a cabo la obligaba a sentirse terriblemente

frustrada y cabreada.

Parpadeó para tratar de enfocar entre las sombras que caían de forma oblicua en la estancia. Seguía siendo noche cerrada y apenas veía nada, entre otras cosas porque no había velas o bujías en aquel habitáculo y las contraventanas permanecían entornadas. Sobre ella, alrededor de ella, solo oscuridad. La única luz existente, débil y amarillenta, procedía de la habitación contigua, situada en algún punto a su izquierda.

Cuando le pareció que había esperado un tiempo prudente y, a la vista de que nada sucedía, confiándose ligeramente y sintiéndose demasiado ansiosa para esperar más, levantó un poco la cabeza, forzando las cervicales, para apoyar la barbilla contra el suelo y estudiar la estancia. No quería hacerse notar y con Alvar había aprendido a ser precavida. Entonces volvió el rostro hacia el ángulo opuesto de la habitación, de donde surgía la luz... y lo descubrió.

Lo recorrió con la mirada de arriba abajo y vio su aspecto deplorable. Sucio, sudado y ensangrentado, parecía un ser siniestro del inframundo ejecutando un plan maquiavélico. Concentrado solo en dicho plan. Parecía un auténtico trastornado con una única y malévola idea en mente, con una obsesión que se imponía a todo raciocinio. Esa obsesión era ella.

Además cojeaba un poco, y esto se debía a la herida que apretaba con un torniquete a la altura del muslo. La herida que ella misma le había provocado. Llevaba la pistola asomando de la cinturilla del pantalón, colgada a un costado, y se entretenía limpiando el filo de su cuchillo con siniestra parsimonia. Parecía un loco, un asesino o un vulgar bandolero.

Aspirando una enorme bocanada de aire apoyó ambas manos en el suelo para levantarse, dominada por una firmeza asombrosa. Las tablas crujieron bajo su frágil cuerpo, delatando su movimiento, y lo supo con certeza cuando Alvar miró en su dirección. Sin embargo el malvado no reaccionó. Vio

demencia y maldad en sus ojos mientras la recibía sonrisa en ristre. Sucio, lleno de sangre, endemoniado...pero sonrisa en ristre. A la vista de que continuaba inmóvil, caminó hacia él muy despacio, arrastrando los pies. Los brazos colgaban a sus costados como pesos muertos y sin vida.

—No va a salirle bien, de Mosende —habló en un tono bajo y sombrío—, me ha raptado y me ha golpeado, ha herido a un oficial de la Guardia Civil, debería rendirse ahora que todavía está a tiempo. La justicia caerá sobre usted y cuanto mayor sea su pecado mayor será el castigo.

El rostro del hombre se transformó en una mueca siniestra, propiciada por una sonrisa ladeada de lo más pérfida.

—Ya es tarde para rendiciones —murmuró.

—¡Le pillarán, acabarán haciéndolo! Aun cuando logre escapar de este bosque, le seguirán la pista y le atraparán —bajó la voz hasta reducirla apenas a un susurro, sus párpados descendieron—. Déjeme ir, si quiere seguir con su locura continúe usted solo, pero déjeme ir.

—La suerte ya está echada, Amelia —sonrió. Esta vez desvió la mirada para centrarla en el brillante filo—. Nada de esto tendría que haber pasado si usted hubiera aceptado mi propuesta matrimonial. Yo quería casarme con usted, ¿tanto le costaba aceptarlo? Yo la quiero.

—No me quiere, de Mosende. Esto no es amor. Nadie, en nombre del amor, le arrebató la libertad a otra persona. Nadie, en nombre del amor, impone su voluntad, coartando la del otro ser.

—Amelia, Amelia...pretende embaucarme con sentimentalismos y palabrería. No lo haga. Nada de eso importa ya.

Le miró interrogante.

—Esto se ha terminado —suspiró él, de nuevo devolviéndole la mirada—. Se ha terminado. Ya no hay tiempo para nosotros...ni para nadie más. Estamos juntos en esto, Amelia, juntos lo empezamos y juntos lo terminaremos.



Cuando encontraron la austera cabaña el sargento dio órdenes a todo el grupo para acercarse en silencio y rodear el lugar. Los dos grupos de búsqueda conformados por oficiales y aldeanos, que ahora se habían unido formando uno solo, permanecían en riguroso silencio, con la mirada clavada e inamovible en aquella sobria construcción, bien armados cada cual con lo suyo y dispuestos a presentar batalla. Se distinguían entre las sombras de la noche azadas, horquillos, escopetas y guadañas, todo mezclado en siniestra confabulación.

Diego se encontraba entre ellos. Después de haber desinfectado la herida del cabo Martínez y de haberle aplicado un vendaje de compresión, una vez el muchacho hubo cobrado consciencia y tras asegurarle este que se encontraba bien, animándolo a seguir el rastro de Mosende antes de que pudiera llegar más lejos con su vileza, decidió unirse en el rastreo del hijo de perra. Martínez les refirió la precaria situación de Amelia, el modo en el que de Mosende se había dirigido a ella, como si de un objeto de su propiedad se tratara, la forma brutal en el que la consideraba, las heridas que había apreciado en su cuerpo... Tras semejante información la sangre de todos, y especialmente la del doctor de Castro, hirvió en sus venas.

Observaron que la cabaña se encontraba en silencio y no percibieron luz o presencia de vida en el interior. Las contraventanas permanecían cerradas y nada podía verse o escucharse dentro.

Decidieron entrar. Por fortuna no hizo falta emplear la violencia: la puerta estaba abierta. Entraron sin hacer ningún ruido, caminando como quien

se desplaza pisando huevos, tratando de adaptar sus ojos a la oscuridad que reinaba en el interior de aquella casucha. Diego les seguía a pocos pasos de distancia, seguido de los hombres de la villa; las autoridades armadas encabezaban la comitiva, portando en mano sus pistolas a modo de estandarte.

Les recibió un estrecho pasillo. Al fondo, a mano derecha, divisaron una leve claridad, una pequeña onda lumínica que destacaba en medio de la oscuridad, y hacia allí se encaminaron. Durante el breve recorrido hacia la luz pisaron un amasijo de cristales rotos que crujieron bajo sus pies.

Una sombra se deslizó de repente de entre la negrura y los ángulos oscuros para dejarse ver. Una sombra enorme que usaba un cuerpo pequeño y frágil a modo de escudo, arrastrándolo delante de él mientras empuñaba una pistola contra su sien derecha. Parecía que los estuviera esperando.



—Bienvenidos —habló de Mosende. No había triunfo en su voz, sino más bien una fatídica aceptación.

Diego clavó la mirada en Alvar, que en esos momentos amenazaba a la mujer de su vida, y sintió una rabia negra y devastadora asolándolo por dentro.

Miró a Amelia: demacrada, sucia, ensangrentada, y se sintió morir. El corazón empezó a golpear en el interior de su pecho con la fuerza de un martillo pilón y ya no fue capaz de escuchar otra cosa más que el eco retumbante de aquel órgano por todas partes: en su pecho, en su garganta y hasta en sus sienes. Apretó la mandíbula hasta que un dolor lacerante le traspasó la cabeza y un picor conocido se fraguó en el interior de sus párpados. Casi en el mismo instante su barbilla empezó a temblar a causa de la trabajosa contención del llanto.

Quería matarlo. Solo pensaba en matarlo y hacerle pagar todo el mal que le había hecho a su prometida durante los últimos días.

—Señor de Mosende, baje el arma —dijo el sargento en tono persuasivo, sin dejar de apuntarle con la suya.

—No pienso hacerlo —respondió secamente el aludido. Y no lo hizo, sino que continuó apretando a Amelia contra sí mientras la pistola presionaba la pálida sien. Se veía nervioso, a juzgar por sus movimientos agitados y su respiración entrecortada—. Quiero hablar con ese hijo de perra —dijo,

señalando a Diego con la cabeza.

Los agentes se miraron entre sí, pero no hicieron ni dijeron nada. Diego avanzó un par de pasos hasta situarse en medio de los dos guardias civiles que se habían desplegado formando dos vértices. Su mirada impactó de frente con la de Amelia y sus dos almas colisionaron también. Todo lo demás dejó de existir, todo lo ajeno a ellos dos dejó de tener importancia. La habitación, los agentes, el monstruo... todo se diluyó de su campo visual y de su conciencia, quedando tan solo ante los ojos de él y en su mente la silueta mortecina y frágil de la mujer que amaba por encima de todas las cosas.

—Amelia, mi vida... —murmuró con voz temblorosa, mientras las lágrimas corrían ya sin contención por sus mejillas. Verla tan frágil, tan pequeña y tan desvalida despertaba en él un instinto de protección absoluto. Era su vida, su amor, y quería abrazarla, cuidarla, arrancarla de las garras de aquel desgraciado y llevársela lejos.

Amelia hipó y sollozó en alta voz. Su rostro, congestionado por el miedo y las lágrimas, permanecía desfigurado y contraído en una máscara de impotencia y dolor. No podía hablar, porque el brazo de Alvar, firme como el acero, le oprimía el pecho mientras la pistola le presionaba la sien, haciéndola partícipe de su frialdad mortífera.

—¡Diego... Diego...! —gimió, ahogándose en su propio llanto.

Diego apretó los dientes tan fuerte que creyó desencajarse la mandíbula durante el proceso.

—¡Ooooh, qué bonito! —Ladró Alvar—. ¡El reencuentro de los dos enamorados! ¿No os dais cuenta de que formáis un cuadro patético?

—¡Baje el arma, de Mosende! —gritó el sargento.

—¡Oh, cállese! —bramó el aludido con notable fastidio.

Diego tragó saliva. Ni siquiera había escuchado el ladrido del miserable porque, en su cabeza, seguían estando solo ellos dos.



—Amelia, mi vida, te voy a sacar de aquí, nos vamos a ir juntos, mírame...

—¡Que te lo has creído, estúpido! —rugió Alvar. Y el embrujo se rompió de golpe, como si de una burbuja de jabón se tratara. Regresó la estancia lóbrega, regresaron los agentes empuñando sus armas y regresó aquel malnacido apuntando a su prometida con una pistola.

—¡Que baje el arma, señor de Mosende! ¡Ya!

—Te voy a matar, hijo de puta...—siseó Diego entre dientes, fijando ahora su mirada obsidiana en aquel cretino de sonrisa páfida y pupilas desquiciadas.

—Yo creo que no. Si no te has dado cuenta, imbécil, soy yo el que tiene el arma... —exhaló en profundidad—...y a la mujer. Tengo que sopesar qué voy a hacer primero: si dispararte a ti para que Amelia vea cómo agonizas...o a la inversa.

—Aquí nadie va a disparar a nadie, ¿de acuerdo? —intervino de nuevo el sargento. Pero Alvar desoyó sus palabras componiendo una mueca de desagrado, como si se tratara de un sonido incómodo que llegara a sus oídos y le estorbara.

—¡Déjelo en paz, Alvar! —Gritó Amelia al límite de sus fuerzas—. ¡Él no tiene nada que ver! ¡Me iré con usted, me iré con usted y aceptaré sus condiciones, pero déjelo en paz!

De Mosende inclinó ligeramente la cabeza para mirarla desde su elevada posición. Inhaló por unos segundos el ya inexistente aroma del oscuro cabello femenino, cerró los ojos y se deleitó.

—Ya le dije que era tarde para todo eso, Amelia, ahora solo nos queda una salida digna y aceptable —murmuró con voz aterciopelada. Amelia se estremeció, era talmente como descubrir que un lobo era capaz de sonreír—. Y tú, doctorcillo de medio pelo, has perdido la partida. Porque si no es para

mí no será para nadie.

—¡No se te ocurra hacerle daño! ¿Quieres matarme a mí? ¡Mátame! ¡Si yo soy tu problema, mátame! —Diego abrió los brazos, exponiéndose por completo. A Amelia se le cortó la respiración—. Pero no seas cobarde y déjala a ella. Es una mujer indefensa, no puede contra ti. Estoy aquí, arreglemos lo que sea que quieras arreglar entre nosotros.

—Ella es mía —siseó Alvar. Parecía ser esa la única porfía latente en su cabeza.

Amelia apretó los dientes fijando su mirada en Diego, su único tablón de supervivencia. Lo único por lo que luchar.

—No-soy-suya...

Abusando de sus escasas fuerzas y del precario dominio mantenido sobre su voluntad, se retorció levemente para descargar un codazo en la entrepierna de su agresor, obligándolo a doblegarse y a bajar las defensas por un instante. Un quejido llenó el aire y Amelia no fue capaz de ver nada después de eso, porque todo sucedió apenas en lo que dura un suspiro.

Una fuerza inesperada embistió con ella, arrebatándole el aliento y derribándola hacia un lado y, cuando consiguió centrarse y enfocar, solo fue capaz de ver a Alvar y a Diego firmemente abrazados en un gesto que nada tenía de cordial.

Forcejeaban, gruñían y alternaban posiciones: arriba y abajo, arriba y abajo. Sonaban golpes: carne contra carne, carne contra hueso, metal contra carne.

Los guardias civiles, con sus armas empuñadas, zigzagueaban alrededor de los dos contrincantes sopesando el mejor momento para intervenir, pero sin valor a hacerlo por temor a causar daños irreparables. Solo podían gritar, ordenar el alto, pero ni Alvar ni Diego parecían escuchar.

Alvar todavía sostenía la pistola y la mantenía apuntando directamente

al cuerpo de Diego, en esos momentos atrapado debajo de él. Pero Diego le mantenía las muñecas bien sujetas, por lo que el cañón oscilaba en el aire, como una ruleta ingobernable dispuesta a apuntar sobre cualquiera.

En un momento dado sonó un disparo. Amelia sintió cómo su corazón dejaba de latir y la sangre abandonaba su cuerpo, junto a todo resquicio de oxígeno capaz de mantenerla con vida. Un terror infernal la traspasó cuando vio una mancha roja, creciente, tiñendo la manga de la camisa de Diego. Y cómo el propio Diego se quedaba quieto debajo de la mole que formaba el cuerpo de Alvar, sentado ahora a horcajadas sobre él.

—¡Dios, no! —chilló fuera de sí, gateando hacia el grupo formado por los dos contendientes.

Alvar desvió la mirada hacia ella y sonrió. Una sonrisa mordaz, prefacio de la más terrible de las intenciones. Volvió a levantar la pistola para apuntar con el cañón directamente el pecho del médico, justo encima del corazón. Todo ello sin dejar de mirar a Amelia y sonreír, desafiándola, demostrándole que iba a ser capaz de herirla donde más le dolía. Amartilló el arma.

—Despídase de él...

Y sonó el disparo.



Fue difícil para ella asimilar la mirada opaca que encontró en aquellos ojos que la miraban directamente sin ver nada en realidad, velados ahora por la cortina oscura de la muerte. Unos ojos que siguieron clavados en ella hasta que las últimas fuerzas abandonaron el cuerpo, obligándolo a doblarse y a

descender, como un muñeco de trapo.

Ni siquiera cuando uno de los agentes la sujetó por los antebrazos, ayudándola a levantarse para alejarla del lugar, fue capaz de descoser la mirada de aquel rostro, ahora inerte, que la miraba fijamente, con la misma delirante obsesión de los últimos tiempos. Depositando en ella su última mirada, dedicándole su último aliento.

Un agujero negro y humeante adornaba aquella frente. Y un reguero abundante de sangre descendía con generosidad tiñendo de rojo su cara. Estaba muerto. Se había muerto. El monstruo había desaparecido y la pesadilla por fin terminaba.



## Epílogo

*Algunos meses después...*

Amelia despertó. Una paz interior maravillosa y casi olvidada la recorrió por dentro, adueñándose de cada recoveco de su ser, mientras se desperezaba como un gatito, estirando hasta el infinito las articulaciones y tensando el cuerpo entero como cuerda de arpa.

Se encontraba completamente desnuda y el delicioso y suave roce de las sábanas contra su piel le producía una sensación de goce sublime. Buscó con las piernas, por debajo de la ropa de cama, el calor del cuerpo que permanecía tumbado a su lado. De ese modo entrelazó sus piernas con otras piernas cubiertas de suave vello que acogieron las suyas en amoroso abrazo.

Diego dormía aún, boca abajo, aferrándose a la almohada, completamente desnudo también. Una sonrisa tenue asomó a los labios del hombre, obligando a Amelia a sonreír también.

Era su héroe. Su caballero andante. Y no había nada más romántico en el mundo que eso.

Se habían desposado pocas semanas después de que la pesadilla terminara. No podían demorar más su unión ni tampoco la necesidad de estar juntos sin separarse jamás. Marido y mujer. El señor y la señora de Castro.

Durante el recorrido visual por su cuerpo, al menos por la parte que

permitían a la vista las sábanas, no pudo evitar fijarse en la cicatriz rojiza que tenía a la altura del hombro derecho. Y su mirada se ensombreció con un viso de tristeza y culpabilidad. Una de las últimas marcas que aquel monstruo había dejado sobre la faz de la tierra como prueba de su perfidia, junto a la cicatriz que cruzaba su propia mano derecha.

Acarició muy despacio la herida ya curada de Diego, rozándola apenas con la yema del dedo, notando la tersura de aquella fina y sonrosada capa de piel. Y suspiró al evocar todo el horror vivido.

Pero no quería recordar. No quería anclarse en el pasado y permanecer retenida en él. La vida le había dado una segunda oportunidad y estaba muy dispuesta a sacarle provecho a cada día, a vivir en plenitud.

Deslizó las manos por la espalda de Diego, una espalda fuerte, atlética y suave como la piel del melocotón. Una espalda en la que adoraba aferrarse en los momentos de éxtasis, y que besaba y acariciaba con dulzura en los de ternura.

—Mmmmm, me encanta despertar así —ronroneó Diego, con la cara aún medio aplastada contra los almohadones—. Tus caricias son mi mejor forma de desperezarme.

Todavía inclinada sobre él, ella sonrió mientras continuaba deslizando la punta de los dedos sobre la piel suave y blanca de su espalda, arriba y abajo, en un sensual masaje.

—Mentiroso... —desafió, juguetona.

—¿Osas contradecirme, mujer? —dijo él, siguiendo con la charada. Y, sin darle opción a réplica, se volvió para agarrarla por los brazos y acabar con ella completamente inmovilizada bajo su cuerpo. Una sonrisa enorme ensanchó el rostro de ella.

Diego se perdió en la adorable visión de su cara de niña, con sus ojos verdes y su nariz respingona salpicada de pecas. Se deleitó observando esa

maraña de pelo oscuro desparramada ahora sobre la almohada y se dejó seducir por la visión memorable de aquellos pechos desnudos, pequeños y blanquísimos, de sonrosadas cumbres, erguidos e incitantes hacia él. Y su voz adquirió un registro bajo, grave y sensual cuando habló a continuación:

—Es cierto, he mentido. Lo que más me gusta de despertar es tenerte a mi lado y contemplarte así.

—¿Así cómo? —preguntó ella, coqueta, sin dejar de sonreír.

—Feliz. Con los ojos brillantes. Sintiéndote amada...y protegida.

—Te quiero, Diego.

—Y yo quiero seguir despertando así cada día del resto de mi vida. Te amo —se inclinó sobre ella para besar con candidez sus labios, preludio de lo que se convertiría después en un apasionado intercambio de besos, caricias y deseo—. Para siempre.

—Para siempre.



## Agradecimientos

Cada vez que emprendo una nueva aventura y lanzo al mundo a otro de mis hijos literarios, a otro de mis desvaríos convertido en tinta y papel, cruzo los dedos, cierro los ojos y deseo que llegue a muchas almas lectoras; almas capaces de comprender y entusiasmarse con mi universo romántico. No es fácil escribir sobre aquello que llevas dentro, mucho menos compartirlo con el mundo, sobre todo cuando eso que escribes no es lo que impera o está de moda precisamente en el mercado literario. No todo el mundo comprende y participa de mi mundo interior plagado de romanticismo, amor cortés, romance blanco y belleza decimonónica.

Por ello resulta imperativo dar las gracias a toda aquella gente que lleva a mi lado desde la primera publicación, fiel y afecta a mi estilo, acompañándome en la senda. Gente de aquí y de ultramar, siempre cercana y siempre incondicional. Podría nombraros a todas pero sois muchas y temo dejarme algún nombre en el tintero; vosotras sabéis perfectamente quienes sois. España, México, Argentina, Chile, Perú...

Gracias también a los recién llegados, a los que se arriesgan a conocer mi pluma y, por un motivo u otro, deciden quedarse.

Gracias a mis enguantad@s del saloncito de té, por tantos ánimos incondicionales y tanto apoyo, vuestra presencia diaria es mi elixir de vida.

Gracias a mi gente más cercana, a mis brujis del alma, a mis amigas y sisters de siempre, a mi querida familia. Gracias por aguantar los caprichos de mis musas, las debilidades de esta mente soñadora y las dudas de una cabeza desvariada.

Gracias a Olalla Pons, por dar forma a la materia fantasiosa que surgió de mi cabeza esta vez, por comprenderla y embellecerla como tú sabes. Tú haces magia.

---

[1] Camino de carro o senda profunda entre arbustos y cunetas.